

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



ENRIQUE RAMIÈRE, APÓSTOL DEL CORAZÓN DE JESÚS

Las esperanzas
de la Iglesia

El padre Ramière
y el «encargo
suavísimo»

El Apostolado de la
Oración, apostolado
del Sagrado
Corazón

La bancarrota
del liberalismo

La soberanía
social
de Jesucristo



«Aquí es donde yo quisiera derretirme en acciones de gracias y de reconocimiento para con ese divino Corazón, por las grandes mercedes que nos ha hecho, queriendo servirse de nosotros para darle a conocer, amar y honrar, pues tiene reservados bienes infinitos a cuantos se emplearen en esto con todas sus fuerzas y según su inspiración».

Sumario

Las esperanzas de la Iglesia <i>José María Alsina Roca</i>	3
El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano <i>Ignasi Manresa</i>	6
Cronología del padre Enrique Ramière, S.I.	9
El padre Ramière, el «gran encargado» del «encargo suavísimo» <i>Gerardo Manresa Presas</i>	10
El apostolado de la oración, apostolado del Sagrado Corazón <i>Ignacio Azcoaga</i>	12
La bancarrota del liberalismo, una visión profética del padre Ramière <i>Javier Barrycoa</i>	18
Continuador del padre Ramière <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	22
«La Soberanía Social de Jesucristo», del padre Enrique Ramière <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	26
El Corazón de Jesús y la Compañía de Jesús	28
Por la canonización del padre Enrique Ramière	30
Contemplando la vida de Cristo. «Madre, he ahí a tu hijo...» <i>Ramón Gelpí</i>	33
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	35
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	36
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	38
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	40
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	41
Hace 60 años	44

RAZÓN DEL NÚMERO

EL 28 de diciembre de 2002, en la asamblea anual que Schola Cordis Iesu celebra habitualmente durante las fiestas navideñas, sus miembros hicieron suya la propuesta de pedir la canonización del padre Enrique Ramière, S.I. Al dedicarle este número de CRISTIANDAD lo hacemos para reiterar este deseo y esta esperanza. Es cierto que su actividad apostólica fue inmensa: su obra más conocida, el Apostolado de la Oración, reunía, en 1884, año de la muerte del padre Ramière, más de trece millones de socios, agrupados, en 35.000 centros repartidos por todo el mundo. Pero a ello hay que añadir su vastísima producción bibliográfica, con obras tan emblemáticas como *Las esperanzas de la Iglesia*, *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, *La soberanía social de Jesucristo*, o *La bancarrota del liberalismo*; y no se puede olvidar su actividad docente, su incansable defensa del papado, su lucha contra los errores de su tiempo...

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús tal como se practica y se siente en el Apostolado de la Oración es obra del padre Ramière; y según una publicación de la provincia de Francia de la Compañía de Jesús, «quizá sea quien mejor ha cumplido esta misión» (la confiada por Nuestro Señor Jesucristo a la Compañía, de practicar, promover y propagar la devoción a su divino Corazón, el «*munus suavissimum*»). Por todo ello, el padre Ramière es admirable; pero queremos insistir en el sentido de la petición de su canonización, para que al leer en estas páginas la glosa de algunas de sus actividades veamos en ellas la obra de un verdadero apóstol, de un apóstol digno de veneración, que lo hizo todo por amor a Dios y por el bien de las almas; apóstol del Corazón de Jesús, apóstol de las esperanzas de la Iglesia, apóstol de la realeza de Cristo, apóstol precursor de las modernas enseñanzas pontificias, apóstol de la vida sobrenatural y apóstol de la consagración personal, social, eclesial y del mundo al Amor encarnado. El padre Orlandis, continuador incansable de su obra, se refería siempre a él como «el santo padre Ramière, como lo llamaba el padre Gignac», y le veía dirigido y llevado del Espíritu de Dios. Que en *Cristiandad*, en Schola Cordis Iesu, veamos en el padre Ramière no sólo un modelo a imitar, sino también un patrón en quien confiar y a quien dirigirnos suplicando su intercesión en la forma de entender y amar a este divino Corazón y a la Eucaristía, en la forma de consagrarnos a Él, en la forma de actuar para extender este Reino de Cristo, que tanto anhelamos, en la forma de tributar el culto debido a Cristo Rey de todos los corazones y de todas las sociedades y, cómo no, que nos dé el amor a la Iglesia, nuestra Madre y Reino de Cristo en la tierra, que él tenía. Que las páginas que siguen cumplan con esta intención.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

Las esperanzas de la Iglesia

JOSÉ MARÍA ALSINA ROCA

EL Apostolado de la Oración fue la gran obra apostólica del padre Enrique Ramière. Gracias a él, aquel pequeño movimiento nacido del fervor de unos novicios jesuitas deseosos de poder llevar pronto a cabo sus tareas misioneras y apostólicas se extendió por todo el mundo católico. A su muerte, en 1884, tenía 35.000 centros con más de trece millones de socios en casi todos los países del mundo entero. El padre Ramière le dio al mismo tiempo una característica que constituirá uno de los rasgos más esenciales e indisolubles de la práctica del Apostolado de la Oración: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Así queda manifiesto en el mismo nombre de aquella revista de tanta trascendencia y de difusión no igualada por ninguna otra publicación católica, que fue el órgano oficial del Apostolado de la Oración: *El Mensajero del Corazón de Jesús*. En 1861, se comenzó a editar en Francia *Le Mésager du Coeur de Jésus* como órgano oficial del Apostolado y pronto fue imitado en otros países, de manera tal, que hoy se editan *Mensajeros* en 81 naciones y en 49 lenguas.

En la historia de la Iglesia pocas obras se podrían comparar en cuanto a fecundidad y difusión a lo realizado por el padre Ramière con el Apostolado de la Oración. Para su nuevo fundador, el Apostolado era una llamada a toda la Iglesia para incorporarse a la tarea más urgente y necesaria dadas las características de los tiempos. Era una llamada a formar una gran liga de orantes para que ofrecieran toda su vida como un acto confiado y continuado de oración pidiendo a Dios que se cumplan pronto sus promesas. Aquellas promesas anunciadas ya en el Antiguo Testamento por los profetas y reiteradas tantas veces en la tradición de la Iglesia y de un modo muy especial a través de las revelaciones del Corazón de Jesús a santa Margarita en Paray-le-Monial. El lema que puso el padre Ramière al Apostolado de la Oración —«*Adveniat Regnum tuum*»— era la expresión de este anhelo tan fuertemente sentido que inspirará toda su tarea apostólica, anhelo que esperaba firmemente que Dios quería en su Providencia hacerlo realidad. A pesar de los acontecimientos que manifiestan la apostasía de las naciones que un día militaron bajo la bandera de la fe cristiana y de los males que afligen el mundo, en tal medida que parecen llegar a su culminación, el padre Ramière cree que hay razones profundas fundadas en las promesas divinas

para esperar que Dios está preparando a la humanidad para mostrar el poder de su misericordia y ser reconocido por todos los pueblos y naciones como Rey y único Salvador de los hombres.

El padre Orlandis, continuador fidelísimo de la obra del padre Ramière, veía en esta esperanza el motivo principal que explica la dedicación del fundador del Apostolado de la Oración al estudio de la teología de la historia:

«El padre Enrique Ramière vio con una claridad que no habían alcanzado ni los contemporáneos de santa Margarita María, ni los que en el siglo XVIII y en la primera del XIX se aplicaron al estudio y al comentario de las revelaciones de Paray, la significación de aquella promesa de reinado: “reinaré a pesar de mis enemigos” que en ellas de continuo se repite; y a la luz de esta claridad comprendió que tal promesa no se hizo tan sólo a los cristianos considerados aisladamente, sino a las sociedades en que ellos vivían; más aún, al mundo entero. Y vio más aquel eminente varón; vio que Jesucristo quería salvar al mundo valiéndose de la devoción a su Corazón divino, ya que ésta es el medio providencial, por el cual quiere establecer su reinado de amor en el mundo pecador y rebelde.

»En realidad, en aquellos momentos solemnes, en que en un rincón de un convento de la Visitación el divino Redentor sembraba las semillas de su obra providencial, un genio escrutador y adivinador de lo porvenir, tal vez hubiera podido sentir los primeros escalofríos, anunciadores de aquella tempestad espantosa que en los siglos subsiguientes derrumbaría tronos y altares y que, lejos de purificar el ambiente, lo dejaría saturado de miasmas capaces de gangrenar la humana sociedad.

»El padre Enrique Ramière no hubo de prever lo futuro; él veía con sus propios ojos la devastación revolucionaria, y se daba cuenta perfecta de que el mundo seguía respirando aquel aire pestilencial. Por esto el padre Ramière, enardecido en celo y en deseos de iluminar las inteligencias oscurecidas, intensifica su vida de espíritu y de apostolado, y multiplica sus trabajos, escribe libros, emprende obras, etc., para que los miopes y los ciegos vean dónde está el camino de salvación.

»En sus luminosos trabajos intelectuales, para alumbrar las inteligencias no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos; hace

ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano y acude a la revelación divina para rastrear los planes que ha trazado Dios a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y esto no por estéril curiosidad, sino para orientar los espíritus y alentarlos con la esperanza.

»Y para esto estudia la historia, no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo san Agustín y Bossuet es quien primero le da el nombre adecuado y lleno de significación de teología de la historia».

En todas las obras que el padre Ramière escribió tratando de la grave situación del mundo y de la Iglesia fruto del triunfo de las ideas revolucionarias estudió los signos que Dios ha dispuesto de un modo especial en nuestro tiempo para que alimenten nuestra esperanza. Cuanto más alejados estén los hom-

bres de los planes de Dios más se hará manifiesta la necesidad que tienen de volver a Él. Recordando las palabras de san Pablo «Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» el padre Ramière interpreta los actuales acontecimientos como una preparación para el cumplimiento de las promesas de su reinado. El mundo ni desde una perspectiva meramente humana y mucho menos contemplándolo a la luz de la fe tiene otra salida que el reconocimiento de su error. Los hombres están siendo humillados por aquello mismo de lo que se envanecen, y a medida que el mal avanza la misma humillación Dios la puede disponer como una preparación para el reconocimiento de su infinita misericordia. Estas reflexiones las encontramos especialmente desarrolladas en una de sus obras más importantes: *Las esperanzas de la Iglesia*.

Reproducimos a continuación los últimos párrafos de esta obra para que el lector pueda conocer y gozar con el fervor y convicción tan característicos de los escritos del padre Ramière.

[*Las divinas promesas*]

De la muerte que contemplamos por doquier saldrá la vida. Dios obrará ese milagro.

No nos hacemos, pues, ilusiones: vemos la muerte por todas partes; por todas partes la vemos triunfar, y sin embargo esa vista desoladora no nos impide creer en la vida y mirar su triunfo como infalible.

La muerte triunfa en la sociedad cristiana; y, por cierto, como triunfa en la mayoría de los cristianos, principalmente en cierto período de su vida. Mas, ¿qué prueba eso, sino que, para regenerar esa sociedad, Dios habrá de hacer lo que cada día realiza en muchedumbre de cristianos, un milagro del orden moral que le haga amar lo que ahora odia, y odiar lo que ha amado; un milagro que abra sus ojos a las claridades que rehúye ver, y le devuelva el sentido de las realidades que se le han hecho insensibles?

¿Obrará Dios ese milagro? De eso se trata precisamente. Esta cuestión hemos examinado y resuelto afirmativamente. El lector que ha tenido la paciencia de seguirnos dirá si las pruebas, en las cuales hemos apoyado esa solución, están desprovistas de valor. Por lo que a nosotros se refiere, las juzgamos irresistibles y, no sólo con indecible gozo sino también con profunda convicción, aceptamos la esperanza que nos hacen concebir para lo futuro, a pesar de contemplar con ojos entristecidos el baldón presente. El vencedor de Goliath, cuya descendencia estaba ya privada de todo su poder cuando estas promesas fueron consignadas; es el nuevo David, el ven-

cedor del gigante infernal, el verdadero primogénito de Dios; de consiguiente, al nuevo Israel, a la raza escogida para ser depositaria de su celestial poder; a la nueva Jerusalén, a Roma, cabeza del mundo cristiano y a los pueblos predestinados para ser la corona de esa divina cabeza, a esta sociedad europea, tan culpable se dirigen, pues, estas palabras; en ella, en efecto, se han realizado hasta el presente, nada en el mundo nos impedirá creer que han de continuar realizándose todavía.

Muchas veces ha sido culpable Europa, y cada vez la Justicia divina la ha castigado severamente; mas cada vez también ha hecho brotar del castigo mismo el remedio de los males que había provocado. Si la ingratitud de los pueblos cristianos ha hecho seguir casi siempre los siglos de revolución a los siglos de prosperidad, la Misericordia divina, por su parte, ha hecho siempre que, en bien de ellos, siguiesen los siglos de grandes bendiciones a los siglos de grandes dolores. Constantino, después de las persecuciones; los grandes doctores del siglo iv después de Arrio y Pelagio; Carlomagno después de la invasión de los bárbaros; san Gregorio VII y san Bernardo después de las tinieblas del siglo x; san Ignacio, y san Francisco Javier después de Lutero y Calvino, ¿no son testimonios bastantes y suficientemente ilustres de la constancia de las divinas promesas?

[...]

De consiguiente, las analogías sacadas de la his-

toria ¿no suministran un motivo más serio que nuestros propios crímenes para dudar de la realidad de nuestras esperanzas? De ninguna manera, antes, por el contrario, todas están en favor nuestro, y el exceso de nuestros crímenes, unido al exceso de los males que son para nosotros sus frutos amargos, nos ofrece el más poderoso de los motivos para creer que nuestra redención está próxima. Porque por todas partes veo esa doble señal dada por el Señor mismo como el presagio infalible de su advenimiento.

«Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; animad a Jerusalén, y gritadle que se acabó su servidumbre, y han sido expiados sus pecados, y que ha recibido de la mano de Yahvé el doble por todos sus crímenes. Una voz grita: Abrid camino a Yahvé en el desierto, allanad en la soledad el camino de vuestro Dios.»

«Despierta, Jerusalén, despierta, levántate, tú que has bebido de la mano de Yahvé el cáliz de su ira, tú que has apurado hasta las heces el cáliz que aturde. No hubo nadie que la guiara, de todos los hijos que ella parió; ninguno la sostuvo con su mano, de cuantos hijos crió. Cayeron sobre ti estos dos males: ¿Quién se dolerá de ti? Ruina y azote, hambre y espada, ¿quién te consolará? Tus hijos yacen desfallecidos en las encrucijadas de las calles, como antflopes cazados a lazo, ebrios de la ira de Yahvé, de los furores de tu Dios: Oye, pues, malaventurada, ebria, pero no de vino. Así habla tu Señor, Yahvé, tu Dios, que pleitea por su pueblo: Yo tomaré de tu mano la copa embriagadora, el cáliz de mi ira, y no lo beberás ya más. Y lo pondré en la mano de los tiranos, en la mano de tus opresores, de los que dicen: Encórvate para que pasemos por encima de ti, cuando pisan tu dorso como se pisa la tierra, como camino de los que pasan.

«Levántate, levántate, revístete de fortaleza, ¡oh Sión!, viste tus vestiduras de fiesta, Jerusalén, ciudad santa; que ya no entrará más dentro de ti



incircunciso ni inmundo. Sacúdete el polvo, levántate, Jerusalén cautiva. Desata las ataduras de tu cuello, cautiva, hija de Sión. Así dice Yahvé: De balde fuisteis vendidos, y sin precio seréis rescatados. Pues así dice Yahvé: A Egipto bajó mi pueblo en otro tiempo para habitar allí como peregrino, y Assur le cautivó sin razón. ¿Qué he de hacer yo, pues, dice Yahvé, ahora que ha sido tomado gratis mi pueblo? Sus opresores aúllan y continuamente, dice Yahvé, es blasfemado mi nombre. También mi pueblo conocerá mi nombre, y que soy yo quien hace esto.»

Nada tendríamos que decir al que se persuadiese que esas consolaciones y esas promesas no se refieren sino a la antigua Jerusalén y al que no quisiese permitir a Dios tratar con tanta misericordia a los miembros de su divino Hijo con cuanta trató a los siervos de la ley de temor y a los hijos carnales de Abrahán; mas seguramente la obstinación de su desesperación no conmovería en modo alguno la firmeza de nuestras esperanzas, y no nos impediría repetir con Pío IX:

«Nos, con firmísima esperanza y absoluta confianza nos esforzamos en conseguir de la bienaventurada Virgen María, que se digne otorgarnos que la Santa Madre Iglesia, desaparecidas todas las dificultades y deshechos todos los errores, florezca en el universo entero, para que todos los extraviados vuelvan al camino de la verdad, y se forme un solo rebaño con un solo Pastor.» ¡Amén, amén!

El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano

Toda la labor apostólica del «santo» padre Ramière iba dirigida a difundir el conocimiento y el amor hacia el Corazón de Jesucristo. Trabajaba convencido de que en Él se encontraba la fuente de la salvación y de la vida para las personas y para las sociedades, dando como fruto el Reino del Corazón de Cristo. Mas hablando de esta devoción decía:

«La devoción al Corazón de Jesús, destinada a regenerar todas las clases de la sociedad cristiana, *no lo conseguirá*, sino dando a todos, sacerdotes, religiosos, simples cristianos, la perfecta inteligencia de este dogma (de la divinización del cristiano), el conocimiento interno de su dignidad elevadísima, *la vivacidad del sentido de lo divino*.

»Si queremos, pues, que produzca esta devoción en nosotros todos sus frutos; si deseamos cooperar a la realización de las consoladoras promesas que han acompañado la revelación de ella, *acostumbrémonos a considerarla bajo este aspecto; esforcémonos en popularizar esta doctrina*, con la cual, como con una palanca divina, levantaremos sobre la tierra a las almas que el naturalismo tiene en ella tan miserablemente esclavizadas»

El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano es una recopilación hecha después de su muerte de los artículos publicados por el padre Ramière en *Le Messager du Coeur de Jésus* acerca de esta doc-

trina. En ella el apóstol de Toulouse desvela ante nuestros ojos la grandeza de nuestra vocación de ser «partícipes de la divina naturaleza», y la fuente de la misma, el Corazón del Señor. Y así la devoción al Corazón de Jesús termina presentándose como «la forma práctica de nuestra divinización».

Han pasado ciento cincuenta años desde que el padre Ramière escribiera estos artículos. Sin embargo la sustancia de su enseñanza no ha perdido vigencia, al contrario casi diríamos que se ha hecho más necesaria para que los cristianos recuperen la conciencia de la obra que Dios quiere hacer en ellos, y la esperanza en la salvación definitiva que el Señor trae por medio de su Corazón.

Publicamos a continuación dos fragmentos de esta obra: su introducción, en la que el padre Ramière expresa su intento apostólico de forma precisa y con atrayente entusiasmo, y unos párrafos de la conclusión, donde presenta la devoción al Corazón de Jesús como la forma práctica de nuestra divinización. Quiera Dios que la lectura de estos párrafos inviten al lector a acercarse a los demás capítulos donde podrá encontrar en toda su amplitud la doctrina que está aquí sólo enunciada.

IGNASI MANRESA

1. El mensaje divino anunciado al mundo: la divinización de los hijos de los hombres por el Hijo de Dios hecho hombre

«Lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que miramos y palparon nuestras manos del Verbo de la Vida; y la vida fue manifestada, y la vimos, y damos de ella testimonio, y nosotros os anunciamos esta vida eterna, que era en el Padre, y nos apareció a nosotros; lo que vimos, y oímos, eso os anunciamos, para que tengáis también vosotros comunión con nosotros, y que nuestra comunión sea con el Padre y con Jesucristo, su Hijo. Y estas cosas os escribimos para que os gocéis, y vuestro gozo sea cumplido».¹

Con estas solemnes palabras encabeza san Juan el evangelista del Corazón de Jesús, su primera epístola; palabras que claramente se relacionan con las que el mismo Apóstol pone al principio de su Evangelio. «En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios y el Verbo era Dios. En Él estaba la vida».² Estos dos comienzos, uno de los cuales es complemento del otro, pónenos ante los ojos las dos partes de la buena nueva, y como los dos grandes actos del drama divino.

El primero tiene por teatro el seno de Dios. Hasta

esta sublime altura nos levanta en su Evangelio el Águila de Patmos, para hacernos contemplar, en la eternidad que nos ha precedido, el origen de la gloria y felicidad que estamos destinados a poseer durante la futura vida perdurable. Mas en su Epístola, vuelve a bajar de esas alturas, y nos muestra trasladada a la tierra la misma vida y gloria que en el elevado empíreo escapaba a nuestras miradas. Sí, la vida eterna que existía en el seno del Padre, esa misma se ha manifestado a nuestros sentidos; con nuestros propios ojos la hemos podido ver, y tocar con nuestras mismas manos. Más aún, se nos ha entregado a nosotros; y tan sólo de nosotros depende ser partícipes de sus riquezas con Dios Padre y su Hijo Jesucristo, que son por naturaleza propietarios de ella.

Todos nosotros, uniéndonos a este Hijo único,³ podemos llegar a ser, no sólo de nombre, sino también de hecho, hijos de Dios.⁴ El mensaje, pues, que

1. 1 Jn 1,1-4.

2. Jn 1,1.5.

3. 1 Jn 5,20.

4. 1 Jn 3,1.

los Apóstoles estaban encargados de anunciar a todos los pueblos de la tierra, y a todas las generaciones de la humanidad, es, como acabamos de oír, la divinización de los hijos de los hombres, por medio del Hijo de Dios hecho hombre. He ahí el secreto comunicado confidencialmente al Discípulo amado mientras reposaba su cabeza en el Corazón del Sal-

vador. No es, pues, de maravillar que, admitido hasta el santuario en donde el misterio se efectuó, nos lo haya revelado más claramente que los otros evangelistas; pues con más verdad que los otros puede decir: «la vida eterna que estaba en el seno de Dios, la hemos visto y palpado», y venimos, como testigos de vista, a manifestaros sus resplandores.

2. Escaso número de los que comprenden este mensaje

Este mensaje notificado a todos los cristianos no es, por desgracia, cabalmente entendido sino por muy pocos (...)

Elegid un cristiano, aun de los más piadosos e instruidos, y preguntadle cómo entiende la divina adopción a la que ha sido elevado por el bautismo. Probablemente os responderá que él ve en eso una misericordiosa ficción, análoga a la adopción que se usa entre los hombres; la gratuita atribución de la herencia divina a hombres incapaces de merecerla; la infusión de virtudes morales en los corazones, que no habrían podido adquirirlas por medio de sus actos; en una palabra, una perfección creada de un orden superior; pero nada verdaderamente divino.

Semejante manera de concebir la vocación del cristiano rebaja infinitamente su sublimidad. A la

verdad, gracias creadas muy excelentes hemos recibido, sin duda, por medio de Jesucristo; pero al mismo tiempo hemos recibido una gracia increada. Han sido derramados en nuestros corazones los dones del Espíritu Santo, mas con ellos se nos ha dado realmente al mismo Espíritu Santo. No solamente estamos sobre nuestra naturaleza, sino también sobre toda naturaleza; en una palabra, estamos realmente divinizados, somos capaces de hacer actos verdaderamente divinos y de merecer una felicidad cuyo objeto es el mismo Dios. (...)

¡Cuán deplorable es, pues, que dogma tan fundamental, de tanta gloria para nuestra naturaleza y ayuda para nuestra debilidad, sea tan universalmente ignorado de los hombres, tan mal comprendido por un gran número de cristianos tenidos por instruidos!... (...)

6. Propónese la materia de la presente obra: el Corazón de Jesús es la vida del cristiano

Volvamos, pues, nuestra vista y toda nuestra esperanza al Corazón de Jesús, verdadera vida de todo cristiano. Él es, en efecto, quien derrama sin cesar en todos nuestros miembros la savia vital que les impide marchitarse y consumirse. Sometidos desde nuestro nacimiento al imperio de la muerte, que nos quita continuamente partecitas de nuestra substancia, no podríamos resistir sus continuos ataques, si nuestro corazón no luchara sin descanso y no nos devolviera por un no interrumpido trabajo todo lo que perdemos. Los otros órganos tienen sus ratos de reposo; solamente el corazón está siempre en movimiento. Vela mientras dormimos, y si él se durmiera, en el mismo instante pasaríamos de los brazos del sueño a los de la muerte.

Si la función propia del corazón es conservar la vida, no hay duda que nuestro muy amado Salvador, exhortándonos a honrarle bajo el emblema de su divino Corazón, tuvo principalmente ante los ojos ha-

cernos entender que Él era el principio de nuestra vida sobrenatural. Ese es, en efecto, como en las siguientes páginas demostraremos, el verdadero sentido de la devoción al Sagrado Corazón, y por eso precisamente se deriva esta devoción de la esencia misma de la religión cristiana.

¿Qué nos enseña esta santa religión? Que, en virtud de la Encarnación del Hijo de Dios, todos los hombres están llamados a vivir una vida verdaderamente divina. Cuyo principio es el Hombre-Dios, quien, después de haberlos santificado en la tierra, les hará gozar en el cielo de la felicidad de Dios. Dogma capital, compendio de todos los artículos de nuestra fe, sobre el cual se funda toda la moral cristiana, y cuya realización debe llevarse a cabo mediante todos los ejercicios de nuestro culto.

Mas, ¡ay!, que esta sublime y consoladora doctrina no es más que a medias comprendida por un gran número de cristianos.

9. ¡Cuán bien entendían y vivían esta doctrina los antiguos cristianos!

Muy bien habían penetrado los primeros cristianos esta teología, y a este dogma consolador recurrían, cuando habían de confesar su fe delante de los jueces o defenderla contra sus enemigos. No temían darse a sí mismo, como san Ignacio, el nombre de teóforo, y de declarar, con santa Inés, que tenían a Jesucristo realmente presente dentro de sí mismos. El sentimiento de esta divina presencia les hacía más fuertes en los tormentos.

Los escritos de los Padres más antiguos están llenos de esta doctrina. Pero, en el siglo IV sobre todo, fue desarrollada con claridad incomparable, cuando el espíritu de mentira quiso oscurecer, con la herejía de Macedonio, el dogma de la divinidad del Espíritu Santo. Los doctores que Dios suscitó para combatir esta herejía: san Basilio, san Gregorio Nacianceno, Dídimo de Alejandría y en especial san

Cirilo, toman sus principales argumentos de la presencia real del Divino Espíritu en las almas, y de los efectos del todo divinos que en ellas obra. ¿Cómo, dicen ellos, uno que no sea Dios podría deificar las almas, hacerlas vivir de una misma vida divina, por más separadas que estén las unas de las otras? (...)

Esta consoladora enseñanza, arraigada tan profundamente en las bases mismas de la tradición cristiana, ha ido perpetuando continuamente en la Iglesia. No ocupa, es verdad, en las obras de los teólogos más modernos el lugar que le habían asignado los antiguos doctores. (...)

Mas llegó un momento en que plugo a Jesucristo poner de nuevo en buena luz este misterio de amor, y darle en la enseñanza de los sacerdotes y de los fieles la importancia que parecía haber perdido.

10. Acontecimiento que va a renovar la importancia que este dogma parecía haber perdido

Era a principios del siglo XVII. (...) Precisamente cuando va a comenzar esta doble guerra (del jansenismo y del filosofismo) revela Jesucristo a santa Margarita María la devoción a su divino Corazón, y hace aparecer una valerosa falange de santos sacerdotes a quienes da la misión de poner de manifiesto el dogma de su unión con los cristianos. (...)

Abracemos (esta doctrina) con el entendimiento y también con el corazón. Amando, más aun que estudiando, se llega a comprenderla. Amemos, pues, y amemos cada día más; así entenderemos mejor de día en día con cuánta verdad es el Corazón de Jesús nuestra vida.

La devoción al Corazón de Jesús, forma práctica de nuestra divinización

1. La ciencia de la santidad es eminentemente práctica

La ciencia de la santidad no es una mera especulación, es una ciencia eminentemente práctica, la primera de todas las artes: *ars artium*. (...)

La santidad debe ser el resultado del concurso de dos agentes: de Dios y del hombre. Hasta el presente la hemos considerado sobre todo de la parte de Dios; veamos ahora lo que hemos de hacer para concurrir a su acción, y dar cima a la obra más divina que realiza, fuera de sí, el Todopoderoso. Hemos

considerado la obra de nuestra santificación en su teoría; veámosla ahora en la práctica.

¡Qué consolador es para nosotros llegar también por este medio a donde nos había conducido el estudio más particular de nuestra obra, y entender que la forma práctica de nuestra santificación es la devoción al Corazón de Jesús, la cual, como hemos visto, es el más poderoso de todos los medios de apostolado!

2. El Corazón de Jesús es el principal instrumento de nuestra divinización

En efecto, basta resumir lo que anteriormente hemos propuesto, para convencernos de que el Corazón de Jesús es el principal instrumento de nuestra divinización. Obra es ésta en verdad, de la Trinidad toda enteramente como quiera que tanta parte toman en ella la primera y tercera persona de la Santísima Trinidad como la segunda; pues Dios Padre nos adopta como hijos, y se une a nuestras almas el Espíritu Santo, elementos esenciales de nuestra divinización.

Es de advertir, no obstante, que el Divino Espíritu se nos comunica por medio de Jesucristo, y únicamente por estar incorporados en Él, Dios Padre nos reconoce y ama como a hijos suyos.

Ahora bien, Jesucristo no nos da su Espíritu, no nos hace sus miembros sino por un acto enteramente libre y constantemente renovado de su amor. A su Corazón, pues, órgano de su amor, somos deudores de nuestra vida divina y de todas nuestras riquezas sobrenaturales.

Cronología del padre Enrique Ramière, S.I.

En negrita se recogen los acontecimientos que particularmente destaca el padre Ramière, como de especial acción de gracias para con Dios en su cuaderno de vida espiritual.

1821, julio 10. Nace en Castres (Departamento del Tarn), Francia. Hijo de José Ramière, miembro de la Judicatura, y Melania Guy.

Julio 11. Aguas del bautismo en la iglesia de la Platé.

1830. Estudios en el seminario menor de la ciudad.

1832. Pasajes (Guipúzcoa), España. Colegio-internado de la Compañía de Jesús.

1833, abril 13. Primera Comunión.

1834, noviembre. Friburgo (Suiza), colegio-internado de la Compañía de Jesús. Ingresa en la Congregación mariana, bajo la dirección del padre Labonde.

1839, junio 15. Ingreso en la Compañía de Jesús. Aviñón, casa-noviciado.

1841, junio 16. Primeros votos. Estudios literarios en Aix-en-Provence.

1842. Vals, estudios de filosofía.

1843. La Sorbona (París), estudios de elocuencia.

1844. Vals, estudios de teología.

–Diciembre 3. Exhortación del padre Gautrelet sobre el apostolado mediante la oración.

1847 enero 10. Ordenación sacerdotal.

febrero 2. Primera Misa.

Profesor en Stonyhurst (Gales).

1850 septiembre. Profesor de teología en St. Beuno's College.

Octubre 21. Vals, profesor de teología (a partir de 1859 asume la filosofía).

1852. Da comienzo su vastísima producción bibliográfica: *Dissertatio de idea omniumque universalium idearum rationali*; el escrito es muy singular por la fecha y el contenido, dado que combate las posiciones ontologista y tradicionalista en teoría del conocimiento.

1854 diciembre 8. Clausura del gran retiro. Consagración en esclavitud de amor a santa María.

1855. Asume la dirección de la obra del Apostolado de la Oración, en sustitución del padre Gautrelet.

1857 agosto 15. Profesión.

1861. Aparece su *Apostolado de la Oración, santa liga de corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas*. Reelaboración completa de la del título anterior.

–*Las esperanzas de la Iglesia*, complemento de la anterior, y que descansa en las palabras del beato Pío IX con ocasión de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

–Comienza la publicación de un modesto boletín mensual, *El Mensajero del Corazón de Jesús*. Al correr de los años supondría uno de los casos más relevantes de toda la prensa universal.

1862. *El reino de Jesucristo en la historia. Curso de teología de la historia*, impartido a estudiantes jesuitas en Vals-près-le-Puy.

1869. Toulouse; traslado dado el crecimiento del Apostolado de la Oración.

1870. Roma. Concilio Vaticano I, asiste en calidad de teólogo de mons. Guignoux, obispo de Beauvais, y como procurador del cardenal Billot.

–Promueve entre el episcopado universal la consagración del género humano al Corazón de Jesús. Al terminar el Concilio se habían consignado 271 firmas favorables de obispos; en total, se reunieron 534 adhesiones episcopales y 23 de superiores generales.

–Edición del *Boletín del Concilio*, que verá 36 números.

–Combate las posiciones antidefinitorias de la infalibilidad de Pedro.

–Da a la imprenta *Las doctrinas romanas sobre el liberalismo...*, con carta de bendición del beato Pío IX.

1871 h. octubre. Lyon, redactor de la revista *Études*.

1875. Consagración de la Iglesia al Corazón de Jesús, por mandato del beato Pío IX. Ramière recibe el encargo del Pontífice de dar lectura a la fórmula consacratoria. Regresa a Vals, y asume la enseñanza de futuros jesuitas. Publica estudios de filosofía y teología social.

1877. Toulouse. Enseñanza en el Instituto Católico, profesor de filosofía del derecho en su Facultad de Derecho.

1879. Imparte teología moral en la nueva Facultad de Teología, disponiendo como texto de la segunda parte de la *Summa* de santo Tomás.

1884 enero 3. Nacimiento a la vida eterna. Con posterioridad ve la luz el importante recopilatorio *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*.

El padre Ramière, el «gran encargado» del «encargo suavísimo»

GERARDO MANRESA PRESAS

SANTA Margarita M^a de Alacoque escribe al padre Croiset, S.J.: «Me prosterné ante la infinita grandeza de nuestro Soberano para darle las gracias por la merced que os había hecho, eligiéndoos para un designio que debe serle tan glorioso por el gran número de almas que esta devoción a su divino Corazón apartará de la senda de la perdición para encaminarlas a la de la salvación. Y como tiene tan vivos deseos de ser conocido, amado y honrado por los hombres, en el corazón de los cuales tanto he anhelado establecer por este medio el imperio de su puro amor, ha prometido grandes recompensas a todos los que se emplearen en hacerle reinar.

»Así, pues, ¡oh cuán dichoso sois en contaros en este número!, porque me parece ser su voluntad que os asegure de su parte que este principio le ha sido grato, que se ha propuesto concederos las gracias que había destinado a otro, el cual se excusó

con sus ocupaciones, de hacer lo que vos habéis hecho.

»Y que quiere, si no me engaño, que hagáis en lo sucesivo, si tenéis el valor de proseguir, a pesar de los obstáculos y contradicciones que podrá oponeros Satanás, en la ejecución de todo lo que de vos desea.

»Él os sostendrá y no os dejará carecer de ningún medio necesario, con tal de que todo lo esperéis de Él, con un perfecto olvido y desconfianza de sí mismo y una humilde y amorosa confianza en su bondad, cuya grandeza me hace conocer muy bien en esta ocasión».¹

Y sigue unas líneas más abajo:

«Aquí es donde yo quisiera derretirme en acciones de gracias y de reconocimiento para con ese divino Corazón, por las grandes mercedes que nos ha

1. Segunda carta de Aviñón, 10 de agosto de 1689.



hecho, queriendo servirse de nosotros para darle a conocer, amar y honrar, pues tiene reservados bienes infinitos a cuantos se emplearen en esto con todas sus fuerzas y según su inspiración».

Estas palabras dirigidas al padre Croiset, son de aplicación a todos los amantes del divino Corazón, que quieran dedicarse a Él. Y ¿quién no ve entre uno de los más escogidos al padre Enrique Ramière, que dedicó toda su vida desde la entrada en la Compañía de Jesús a su Sagrado Corazón?

Todos los devotos del Sagrado Corazón tendríamos que tomar al padre Ramière como nuestro modelo en sus grandes ansias de salvar almas, como dice santa Margarita M^a. No se detuvo ante las dificultades y las palabras de la santa en este escrito se le adaptan perfectamente. El padre Ramière penetró profundamente en este Co-



razón y con sus extensos escritos nos lo dio a conocer. Seguramente el Sagrado Corazón pensaba en él, cuando el día 2 de julio de 1688, la Virgen María, en una aparición presidida por el Sagrado Corazón, con san Francisco de Sales y san Claudio la Colombière, afirmaba que a los padres de la Compañía de Jesús les está reservado el presentar y dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que el pueblo cristiano se aproveche, recibéndolo con el respeto y agradecimiento debidos a tan grande beneficio. Y a medida que le procuren este placer, este divino Corazón, fuente fecunda de bendiciones y gracias, las derramará tan abundantemente en las funciones de su ministerio, que los frutos que recojan superen a todos sus trabajos y esperanzas y aun sirvan para la salvación y perfección de cada uno de ellos en particular.

Nadie como él ha profundizado en esta devoción y nos ha hecho conocer la voluntad de este divino Corazón. Nadie como él ha cumplido aquel *munus suavissimum*, encargado por el mismo Sagrado Corazón y los papas a la Compañía de Jesús. Podemos decir que es el fundador del Apostolado de la Oración, pues fue quien le dio la orientación para unirlo definitivamente al Sagrado Corazón y como conse-

cuencia de ello ha sido quien ha hecho que con el acto de ofrecimiento diario, unido al sacrificio de Cristo en el altar, consagremos toda nuestra vida por la Iglesia y sus necesidades, con un fruto infinito, pues la Eucaristía es la imagen más perfecta del Sa-

grado Corazón y de allí sacamos la fuerza para todo. De tal forma esta consagración ha ido penetrando en la conciencia de la Iglesia, que cien años más tarde, en el Concilio Vaticano II,² la Iglesia la ha tomado como recomendación para todos los fieles.

Como consecuencia de este acto de consagración, el padre Ramière afirma que se va a cambiar el mundo y traslada esta devoción al campo social y afirma que para que haya paz y felicidad en el mundo, ha de venir el Reino de Cristo y para ello no cesa en sus esfuerzos, hace consagrar al mundo al Sagrado Corazón y fruto de ello

es la fiesta de Cristo Rey, que, como dice Pío XI, nos adelanta el día gozoso en que todo el mundo estará bajo el cayado suavísimo del mismo Pastor.

Podríamos extendernos más, pero creo que es suficiente para que nosotros, Schola Cordis Iesu, veamos en el padre Ramière no sólo un modelo a imitar, sino también un patrón en quien confiar y a quien dirigirnos suplicando su intercesión en la forma de entender y amar a este divino Corazón y a la Eucaristía, en la forma de consagrarnos a Él, en la forma de actuar para extender este Reino de Cristo, que tanto anhelamos, en la forma de tributar el culto debido a Cristo Rey de todos los corazones y de todas las sociedades y, cómo no, que nos dé el amor a la Iglesia, nuestra Madre y Reino de Cristo en la tierra, que él tenía.

Todos esperamos, como el santo padre Ramière, que venga pronto la plenitud de este Reino de Cristo, y queremos pedirle que, desde el cielo, nos ayude a encontrar la forma de hacérselo llegar lo antes posible.

¡Padre Ramière, rogado por nosotros!

2. Cf. Conc. Vat. II, *Lumen gentium*, c.4,34.

El apostolado de la oración, apostolado del Sagrado Corazón

EL padre Enrique Ramière, divulgador y organizador genial, profundo y al mismo tiempo práctico, que supo mirar la historia a través de la ciencia sagrada y, profundizando en las causas de aquélla, hallar la disposición divina aun en los sucesos más adversos, fue uno de aquellos jóvenes estudiantes de filosofía, que escucharon de labios del padre Javier de Gautrelet, la famosa plática de 3 de diciembre de 1844, que fue el principio del Apostolado de la Oración.

Su amor a la Iglesia, al Sagrado Corazón y a las almas, no le dejaron reposar. Hubiera querido unir a todos los hombres en la única verdadera Iglesia y obligarlos a entrar por la llaga del costado de Cristo hasta tropezar con su Sagrado Corazón, para que estableciesen allí su morada; y que recorriesen el camino de mano de la Santísima Virgen.

El espectáculo del mundo católico desunido y del mundo incrédulo y enemigo de la Iglesia, empeñado en un esfuerzo gigantesco y solidario para destruirla, conmovían las fibras más íntimas del alma del padre Ramière.

En el Apostolado de la Oración halló el vínculo que aunara los esfuerzos de todos para conseguir un fin común: el establecimiento del Reino de Dios.

Encontró además en él un medio omnipresente: la oración; el máximo sentimiento: la oración al Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús por medio de María; la norma de vida más perfecta y el compendio de toda la religión: la devoción al Sagrado Corazón; el dinamismo necesario para la lucha: la entrega activa de todo el hombre a los intereses de la Iglesia.

Quiso Dios que el padre Enrique Ramière fuera nombrado director general del Apostolado de la Oración en 1861 y puso manos a la obra.

De los frutos recogidos nos habla elocuentemente la historia del Apostolado de la Oración, y en especial la consagración universal de la Iglesia en 1875 al Sagrado Corazón, que fue debida a la labor del padre Ramière.

Este hombre extraordinario, conocía perfectamente nuestra lengua castellana, porque parte de sus estudios los había hecho en España a causa de las difíciles circunstancias político-religiosas por las que atravesaba entonces su país. Otros muchos religiosos que abordaron con el mismo fin a España terminaron sus estudios y entraron en Francia, sin conocer el castellano. El padre Ramière, por el contrario, llegó a dominarlo.

Hacia el final de su vida, por el año 1883, celebraba la villa de Bilbao los 150 años del primer sermón que se había predicado en España sobre el Sagrado Corazón, y que había sido pronunciado por el padre Agustín de Cardaveraz, en la misma villa, en la parroquia de San Antonio Abad.

Entre los actos de conmemoración figuraba un triduo y de uno de los sermones de este triduo, se hizo cargo el padre Ramière.

No sabía él que aquel sermón sería de los últimos de su vida, pues murió en 1884, y desde luego la última conferencia en castellano.

Las palabras, recomendaciones y resumen del sentir encerradas en el sermón de un gran pensador que va a morir, es lo que el lector encontrará impreso en estas páginas. Recibamos la lección última de un hombre santo para no sólo aprenderla sino cumplirla.

El sermón consta de dos partes: la primera, de la que recibe el sermón su título, demuestra que el Apostolado de la Oración es simplemente el apostolado de Jesús, de manera que fuerza a los oyentes, ya devotos al Corazón de Jesús, a sacar la conclusión de que si quieren identificarse con el Corazón de Jesús, deben practicar el mismo apostolado que Él, es decir, el apostolado de la oración.

En la segunda parte demuestra que el Apostolado de la Oración es la forma más perfecta y útil de practicar la devoción al Corazón de Jesús porque el fin de esta devoción es establecer una comunidad de amistad entre el Corazón de Cristo y los corazones de todos los hombres.

IGNACIO AZCOAGA

El apostolado de la oración, práctica la más excelente y útil de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Motivo y circunstancias de la conferencia

Es para mí un consuelo grande, hermanos míos muy amados, poder celebrar las alabanzas del Corazón de Jesús en la misma Villa en que, por primera vez en España, ciento cincuenta años ha, se predicó la devoción a este amabilísimo Corazón; en la misma iglesia donde tantas veces el seráfico padre Agustín de Cardaveraz fue favorecido con sus milagrosas comunicaciones;¹ delante de los dignos descendientes de los fervorosos cristianos, que correspondieron con tanta fidelidad al evangélico celo del apóstol del Corazón de Jesús, padre Pedro Calatayud.

Estos recuerdos tan dulces para un hijo de san Ignacio, me dan ánimo para anunciaros, aunque en lengua muy imperfectamente conocida, el mensaje del que me ha encargado el Sagrado Corazón de Jesús.

Debo añadir que la paternal bondad con que vuestro ilustrísimo y piadosísimo Prelado ha recibido este mensaje, y lo ha sancionado con su autoridad, me es un augurio cierto de la buena acogida que puedo esperar de vosotros.

Invitación a formar parte del Apostolado de la Oración. Su fin y ventajas

¿Y cuál es este mensaje? ¿Qué es lo que he de proponeros, amados hermanos míos, de parte del Corazón de Jesús? Os voy a invitar de su parte a que os hagáis sus soldados y sus apóstoles, echando mano, para defender su causa, de la más poderosa de todas las armas; y, para propagar su gloria, del más eficaz de todos los instrumentos del Apostolado: a que seáis sus auxiliares en la más divina de

sus obras, cooperando con Él a la salvación de las almas; a que hagáis contribuir, para este fin tan excelente, todas vuestras oraciones, todos vuestros padecimientos voluntarios e involuntarios, todas vuestras acciones, aun las más indiferentes en sí mismas: haciendo esto, al mismo tiempo que será vuestra vida muy fructuosa para vuestros hermanos, lograréis que sea también muy meritoria para vosotros mismos.

Este es el fin y algunas de las ventajas que obtendréis ingresando en la Alianza del Corazón de Jesús, que se llama Apostolado de la Oración.

El apostolado de la oración es una de las prácticas más perfectas de la devoción al Sagrado Corazón

Y para gozar de estas ventajas ¿qué tendréis que hacer? ¿Será preciso añadir más oraciones y nuevas prácticas a las que ya habéis adoptado? No, hermanos míos; sino que entre todas, practiquéis con mayor esmero la más saludable de todas las devociones, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Esto es lo que hoy deseo y espero haceros entender bien. El apostolado de la oración no es una devoción diversa de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; es una de las prácticas más perfectas y más útiles, por no decir la más útil y perfecta, de esta saludable devoción.

No tendréis acerca de esto ninguna duda si os puedo demostrar que el apostolado de la oración es eminentemente el apostolado del Corazón de Jesús; y que los verdaderos amigos de este divino Corazón no pueden manifestarle mejor su amor y su celo, que uniéndose a Él en el ejercicio de aquel apostolado.

El apostolado de la oración es el apostolado del Sagrado Corazón

Qué se entiende por apostolado

Para convencernos de que el apostolado de la oración es eminentemente el apostolado del Corazón de Jesús, basta entender qué es el apostolado.

Este nombre conviene a toda obra cuyo fin y efecto es la salvación de las almas. Hay, pues, tantas

especies de apostolado como medios hay de trabajar eficazmente en la salvación de los redimidos. La predicación es un apostolado, porque siendo la fe el principio de la salvación y entrando generalmente en el alma por los oídos, *fides ex auditu*, los que se consagran a este ministerio son instrumentos eficaces de la divina gracia y cooperan verdaderamente a que ésta se comunique a los hombres. Por la misma razón, la administración de los sacramentos por los ministros de Cristo, el gobierno de la grey del Señor por sus pastores, son obras apostólicas.

1. Este sermón del padre Ramière, fue pronunciado en la que es hoy parroquia de los Santos Juanes y antaño fue iglesia del colegio de la Compañía de Jesús.

No sólo la predicación y las obras apostólicas son apostolado

Pero estos ministerios exteriores no son los solos verdaderos apostolados, como muchos se lo persuaden; y a los que están en esta persuasión, les bastaría, para desengañarse, entender lo que dicen cuando dan a la Santísima Virgen el título de Reina de los Apóstoles. No es éste ciertamente un vano título: María Santísima contribuyó mucho más que todos los apóstoles juntos a la salvación de los hombres. Y sin embargo no predicó jamás: no administró ningún sacramento, ni ejerció obra alguna exterior propia del ministerio apostólico.

Otra prueba más concluyente nos suministra el mismo divino Salvador. Nadie puede dudar que todas sus obras fueron apostólicas, y sin embargo le vemos dedicar la mayor parte de su vida a obras que no parecen tener por sí mismas ninguna relación con la salvación de las almas.

El apostolado de la palabra no empezó a ejercerlo hasta la edad de 30 años; pero mucho antes había procurado nuestra salvación por el apostolado del ejemplo: *Coepit Jesus facere et docere*, nos dice el sagrado texto: Empezó Jesús a hacer y enseñar. Naciendo en Belén, desde su cuna, predicaba más elocuentemente con su pobreza y sus lágrimas que los predicadores con sus más elocuentes discursos. ¿Y acaso fue este el principio de su apostolado? ¿No había empezado antes de nacer a trabajar muy eficazmente en nuestra salvación? ¡Sí, por cierto! el primer teatro de su apostolado fue el seno de su Madre Santísima; y allí trabajó tan fructuosamente, que antes de nacer hubiera podido subir al cielo, sin que nada faltase al mérito infinito de nuestra redención. ¿Y por qué medio habría alcanzado tan poderosamente su fin? Sus labios estaban cerrados, su cuerpo estaba sin movimiento, no podía hacer ninguna acción visible. Pero su Corazón tenía ya toda su inmensa actividad, y la usaba orando por nuestra salvación, ofreciéndose como víctima a la Justicia de su Padre, adorando su divina majestad, dándole gracias por sus beneficios, expiando nuestros pecados, implorando las gracias que necesitamos, ejerciendo perfectamente todos los actos del apostolado de la oración.

Veis, amadísimos hermanos, con cuánta verdad he podido decir que aquel apostolado es el apostolado propio del Corazón de Jesús. Y ahora puedo añadir, entre todos los apostolados a éste pertenece el primado, bajo más de un concepto.

Fue el primero en cuanto al tiempo

Fue el primero en *cuanto al tiempo*: pues como hemos demostrado, precedió a todos los otros, cum-

pliendo la divina misión del Hijo de Dios antes que interviniesen los otros apostolados. Ya por él sólo, la divina majestad fue dignamente adorada; ya por él habían sido dadas a la divina bondad gracias iguales a sus beneficios; ya nuestros pecados estaban expiados y nuestras almas redimidas, antes que los otros apostolados hubiesen contribuido a alcanzar estos fines de la encarnación del Hijo de Dios.

El más continuo

El apostolado de la oración fue el *más continuo* de los apostolados del Hijo de Dios. Aun después de haber empezado su predicación no podía ejercer continuamente este misterio. Es verdad que no se contentaba con predicar en las sinagogas y en las ciudades; pues cada vez que se veía rodeado de gente dispuesta a oírle, en los caminos, en los mismos desiertos, no se cansaba de anunciar los misterios del reino de su Padre. Pero por incansable que fuese su celo, por la noche al menos interrumpía su predicación: en cuanto a su apostolado de oración ni aun la noche lo interrumpía: *Erat pernoctans in oratione Dei*. Pasaba las noches en oración, y al mismo tiempo que su boca hablaba de Dios a los hombres, su corazón hablaba de los hombres a Dios, e intercedía por su salvación. De modo que, desde el primer momento de la existencia de este divino Corazón hasta el momento presente, su apostolado de oración no ha sido interrumpido ni un solo instante.

El más duradero

Este apostolado, en efecto, no duró solamente, como los otros, todo el tiempo de la vida mortal del Salvador: como había sido el primero y el más continuo fue también el de mayor duración. Llegó un tiempo en que el Hijo de Dios no pudo ya ni hacerse oír de los hombres, ni trabajar visiblemente por su salvación, porque su eterno Padre le llamaba para gozar en el cielo de la gloria que había conquistado con sus trabajos; y entonces abdicó sus otros apostolados en las manos de sus ministros. Continúa siempre instruyéndose e iluminando nuestras mentes; pero lo hace por la boca de los predicadores: Él es quien da la gracia contenida en los sacramentos; pero lo da por mano de los sacerdotes. Él es quien gobierna la Iglesia; pero la gobierna por la autoridad de su Vicario y de los otros preladados.

El que ejerce actualmente

Un solo apostolado se ha reservado; y aunque nos llama a ejercerle con Él, quiere ejercerle por sí mis-

mo y lo ejercerá hasta el fin de los siglos: el apostolado de la oración: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*. Vive siempre, dice san Pablo, para interceder por nosotros.

Esta es su ocupación presente, su función nunca interrumpida; este es su estado actual. Si queremos hablarle donde Él mismo está, ver lo que hace, unir-

nos actualmente con Él, allí le debemos buscar, debemos considerar su incesante súplica.

Este misterio es el que ha sucedido a todos los misterios de su vida, pasión y muerte; el que los cumple todos y nos trasmite el fruto de todos; y cuando los otros han durado un tiempo relativamente breve, este durará hasta el fin de los siglos.

Es la forma más perfecta de la devoción al Sagrado Corazón

Lo que he dicho hasta aquí bastaría para probar no solamente que el apostolado de la oración es el apostolado propio del Corazón de Jesús, sino que debe ser también el apostolado de todos los verdaderos amigos de este amabilísimo Corazón. Ahora no debe parecernos exagerado lo que antes no me atrevía a afirmar: que es la forma más perfecta de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a la cual da al mismo tiempo toda la verdad de su objeto, toda la perfección de su fin y toda la solidez de su organización.

Pocas palabras bastarán para probarlo.

¿Cuánto podremos lisonjearnos de honrar al Sagrado Corazón *in spiritu et veritate*, con el verdadero espíritu de esta tan excelente devoción?

Hace ver al Sagrado Corazón como realmente está

Cuando le veamos como verdaderamente está; cuando nos penetremos en sus sentimientos; cuando entremos con Él en las relaciones que desea tener con nosotros. Esto es lo que no saben hacer muchos cristianos, aun entre los que pretenden ser devotos del Corazón de Jesús. Su devoción se ocupa más de la imagen de este divino Corazón que del Corazón mismo. Cuando piensan en Él, lo consideran mucho más en lo pasado que en lo presente. Se acuerdan de lo que hizo por ellos diecinueve siglos ha; pero no saben persuadirse bastante que este divino Corazón ahora mismo está pensando en ellos, deseando su felicidad, ocupándose en sus intereses. Lo consideran como si estuviera ausente, y no sienten que está presente, cuando nos está más presente que las personas con quienes estamos más unidos: esto es ciertamente uno de los dañosos obstáculos a la unión de nuestros corazones con el Corazón de Jesús. El Apostolado de la Oración remueve este obstáculo; nos hace ver el Corazón de Jesús como es realmente ahora mismo; nos lo muestra orando continuamente por nosotros, suspirando por nuestra felicidad y ofreciéndonos, a cada momento, la gracia que nos alcanza por su perpetua súplica.

Busca la amistad del hombre con Dios

Con la perfecta verdad de su objeto la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, practicada de este modo, adquiere el poder de conseguir cumplidamente su fin.

¿Cuál es éste? Me parece que no se puede definir mejor que valiéndonos de las palabras del mismo Salvador, diciendo que está destinado a satisfacer plenamente el deseo que expresaba a sus apóstoles cuando les decía: *Iam non dicam vos servos... vos autem dixi amicos*: no quiero llamaros mis siervos, el nombre de mis amigos es el solo que os quiero dar. Establecer con los hombres una comunicación de verdadera amistad, era el fin principal que el Hijo de Dios se proponía cuando bajó del cielo; y a la devoción a su Sagrado Corazón se debe ayudar a conseguirlo.

En qué consiste la amistad

¿Y en qué consiste la amistad? ¿En qué difiere del amor que el mercenario debe a su señor, o del que tiene el mendigo al rico, de quien espera una abundante limosna? Difiere en esto: que estos últimos amores son interesados, cuando la esencia de la amistad consiste en ser desinteresada; no porque la amistad sea incompatible con el gozo de los consuelos y ventajas que los amigos se procuran mutuamente por su unión; sino porque estas ventajas no son el motivo de la amistad. No se ama al amigo por sus beneficios, antes bien se aman los beneficios principalmente a causa del amigo que los da.

La idea de la verdadera amistad nos la da san Pablo cuando refiere lo que llama palabra del Señor Jesús, *verbi Domini Jesu*, palabra que aunque omitida por los evangelistas, ella sola resume y explica todo el Evangelio. ¿Cuál es esta palabra?: que más bienaventurado es dar que recibir. *Beatus est magis dare quam accipere*.

Esta ha sido la regla que ha dirigido al Señor en su modo de haberse con nosotros. Si se hubiera movido por sus propios intereses nunca hubiera ba-

jado del cielo: porque sabía muy bien que no podía recibir nada de nosotros, sino persecuciones y agravios. Nunca hubiera instituido el sacramento que, reteniéndole en medio de los hombres, le expone de nuevo a su malicia y a su ingratitude.

Cómo la realiza el Sagrado Corazón

Todo esto lo preveía; pero sabía que si no podía recibir nada de nosotros, podía darnos mucho; y como para su Corazón infinitamente generoso «más bienaventurado es dar que recibir», bajó del cielo, se despojó de su gloria, nos dio todo lo que poseía, se dio a sí mismo todo entero, se entregó en nuestras manos: a nosotros que éramos sus enemigos nos dio la prueba mayor de amor que un amigo puede dar; y todo esto con la sola esperanza de que nosotros, para corresponder a su amor, le tratáramos como amigo.

Decidme, amadísimos hermanos: ¿podemos negarnos a satisfacer un deseo tan justo? ¿Quiénes son entre nosotros los que no quieren ser amigos del divino Redentor, que dio su sangre por comprar nuestra amistad? Estoy cierto que no habrá uno solo entre vosotros. Todos vosotros me preguntáis lo que debéis hacer para mostraros verdaderos amigos de vuestro Dios.

El apostolado de la oración da al hombre el medio de imitar a Dios en su amistad

El apostolado de la oración responde a esta pregunta; pues os da el medio de seguir, en vuestras relaciones con Dios, la misma regla que Él ha seguido en sus relaciones con vosotros. No os impide pedir a su divino Corazón las gracias que necesitáis y que Él solo puede daros; pero si sois sus verdaderos amigos, no podréis contentaros con recibir los dones de su bondad. ¿Queréis darle algo en retorno, gozar con él de esa bienaventuranza que consiste en dar, más que en recibir? ¿Y qué le podéis dar? Practicando el apostolado de la oración le podéis dar lo que Él más desea recibir, lo que tiene más precio a sus ojos: podéis darle almas, esas almas por las cuales trabajó y padeció tanto.

Es un don del mismo Sagrado Corazón

Él mismo nos dio este poder al prometernos que obtendríamos todo lo que pidiéramos en su nombre. Ciertamente no exceptuó de esta promesa las oraciones que haríamos por la salvación de nuestros hermanos; esas, por el contrario, son a las que se

refiere más directamente la promesa de nuestro Señor; pues no hay oraciones que mejor puedan decirse hechas en el nombre del Salvador, que las que se hacen por la feliz realización de su obra, por la salvación de las almas.

La promesa nos asegura el fruto

Diciéndonos pues esta promesa, nos asegura que ciertas gracias, merecidas por sus oraciones y por su muerte, serán concedidas en mayor o menor abundancia según que unamos con mayor o menor fervor nuestras oraciones a las suyas. A cada oración, con este fin hecha, responderá una gracia concedida a alguna alma. No podemos estar seguros de la última eficacia de estas gracias, porque depende en parte de la libre cooperación del hombre; pero ¿cómo podemos dudar de que si todos los días hacemos llover con abundancia las gracias de salvación sobre las almas, algunas de estas gracias producirán su efecto, y llevarán al cielo almas que sin ellas se hubieran condenado para siempre?

Supone gloria para nosotros y amor por parte de Dios

¡Y si alcanzamos esto; qué gloria para nosotros! ¡qué seguridad de nuestra propia salvación! ¿qué don más precioso podíamos dar en retorno al que todo nos lo dio?

¿No es esta, hermanos míos, la muestra más insigne que ha podido darnos de su amor? ¿Asociarnos a su obra más divina, conferirnos a todos el poder de cooperar eficazmente al éxito de su empresa, y aumentar en algún modo, no intrínsecamente, pero sí en sus últimos efectos, la fecundidad de su sangre divina?

La vida convertida en oración

Y notad que esta maravillosa virtud del apostolado de la oración no pertenece solamente a las oraciones propiamente dichas, vocales o mentales. Hemos visto que el Corazón de Jesús no ejercía únicamente aquel apostolado cuando formalmente oraba, sino también cuando su cuerpo y su mente estaban ocupados en otras cosas, por la intención con que animaba todas sus obras. Lo mismo podemos hacer también nosotros. Animando todas las acciones del día con esta misma intención, las haremos apostólicas, y les daremos la doble virtud de ser muy eficaces para la salvación de nuestros hermanos, al mismo tiempo que serán mucho más meritorias para no-

sotros mismos, que si hubieran sido animadas del solo deseo de nuestra propia salvación.

He podido, pues, deciros con toda verdad, que entrando en el Apostolado de la Oración no tendréis que añadir otras oraciones y nuevas prácticas a las que ya habéis adoptado. El solo propósito que deberéis hacer será añadir en la oración de la mañana el ofrecimiento de las oraciones, obras y trabajos del día a las intenciones del Corazón de Jesús. Este ofrecimiento que puede hacerse en un instante, bastará, si se hace bien, para obtener todas las preciosas ventajas que hemos dicho y otras muchas que sería largo referir.

La organización

He añadido que practicando, según la forma del Apostolado de la Oración, la devoción al Corazón de Jesús adquiere una organización que aumenta mucho su fuerza, y la hace más duradera y estable.

Entre una obra organizada y otra que no lo está, hay la diferencia de un ejército a una multitud que va en tropel y en desorden. El ejército debe su fuerza mucho más a la solidez de su organización que al número de soldados. Así sucede también con las obras: las que no tienen otro vínculo que la inscripción de sus miembros en un registro, y su reunión en ciertos días, pueden florecer algún tiempo bajo la influencia de un director celoso; pero fácilmente decaen: muy de otra manera sucede en las obras organizadas, en las cuales, como en el cuerpo humano, los miembros más activos dan continuo impulso a los otros, y mantienen en el cuerpo entero el movimiento vital. Allí el celo del director no obra sólo secundado por la actividad de los celadores, puede sin fatigarse tanto obtener mucho más fruto; y si falta, su ausencia momentánea se halla suplida por la acción de sus auxiliares, y no se expone la obra al inminente peligro de decaer.

Este es el tercer género de servicio que el Apostolado de la Oración hace a la devoción del Sagrado Corazón de Jesús. Donde las congregaciones de este divino Corazón están organizadas, se contenta con animarlas de su espíritu; y donde no existen, suple a su defecto por alguno de los medios usados con notable fruto en donde el Apostolado ha sido establecido.

Cómo es el apostolado

En todas partes esta Santa Alianza del Corazón de Jesús llama a sí a los cristianos, animados del

verdadero celo de la gloria de su Señor y del ardiente deseo de glorificarle y promover sus divinos intereses. Los reúne en juntas de celadores y por esta misma unión centuplica las fuerzas, que el aislamiento hubiera paralizado. Guiados por la autoridad del clero, y sostenidos por su eficaz apoyo, aquellos auxiliares aumentan a su vez su influencia y les ayudan eficazmente a hacer lo que abandonados a sí mismos nunca hubieran hecho.

Tal es la Santa Alianza del Corazón de Jesús: es un ejército, cuyos jefes son los preladados de la Iglesia y los pastores de las almas; los oficiales son los celadores, y los soldados son los cristianos que pretenden el glorioso título de amigos de su divino Salvador.

El premio

Entendedlo bien, cristianos: el Apostolado de la Oración no os pide otra cosa sino que tratéis con vuestro Dios como un verdadero amigo. Antes, acaso practicabais la devoción a su Sagrado Corazón como siervos y como mendigos; no pensabais más que en recibir los dones de su bondad; acudíais a este benéfico Dueño con la mano siempre tendida: de aquí en adelante no cesaréis de esperar de su infinita bondad sus gracias que está dispuesto a daros con mucha mayor abundancia; pero no os contentaréis con tenderle la mano; estrecharéis la mano que Él mismo os presenta como a amigos; y, como verdaderos amigos, os interesaréis en todo lo que interesa. Según la recomendación de san Pablo, sentiréis todo lo que siente; compartiréis sus gozos y sus tristezas; vuestro corazón será herido por los agravios que reciba; su triunfo será el único objeto de vuestros deseos; pondréis a la disposición de su amor toda vuestra influencia; os armaréis para defender su causa con todas las armas que estén en vuestro poder; y como hay un arma que está en poder de todos los cristianos aun de los más débiles, un arma que todos pueden manejar en todos los tiempos, el arma de la oración, todos usaréis en todos los tiempos de esta arma invencible para la defensa de la causa de Dios.

¿Y qué remuneración podremos esperar, por nuestros servicios, de aquel jefe tan generoso? La primera, que ya bastaría para recompensar superabundantemente todos nuestros trabajos, es el honor y consuelo de poder llamarnos amigos de nuestro Dios. Pero esto no basta a su generosidad: a los que hayan combatido y vencido con Él, promete hacerlos sentar en su propio trono, y comer a su mesa en el Reino de su Padre. Así sea.

La bancarrota del liberalismo, una visión profética del padre Ramière

JAVIER BARRAYCOA

EN 1870 veía la luz la traducción española de esta obra del padre Ramière. Por desgracia el libro no ha tenido reediciones y no es una de las más conocidas del jesuita francés. Sin embargo, ello no le resta actualidad y vigencia por varios motivos. El primero es su capacidad de clarificar algo que conceptualmente era y es difuso: el liberalismo. En segundo lugar por descubrir al mundo católico que tras una aparente tesis política se esconde una de las más sutiles herejías cristianas. En tercer lugar por su caracterización, a veces psicológica, a veces política, del liberalismo que asombra por su sorprendente aplicación en nuestros días. Y en cuarto lugar, por saber desvelar los errores del liberalismo católico que si bien en su época era un sector del catolicismo, hoy parece haber contagiado incluso a los bienintencionados. De hecho, esta obra comprendía en su traducción castellana dos escritos: *La bancarrota del liberalismo* y, a continuación, *El liberalismo católico*. El padre Ramière, fiel a su estilo, combina tanto argumentaciones teológicas, como frecuentes discusiones con los coetáneos interlocutores liberales como Montalembert, pasando incluso por argumentaciones sociológicas aportando datos de la época. Si el lector sabe trascender a aquellos puntos más contingentes de la exposición, encontrará un verdadero tratado de teología política. A fin de ser fieles al hilo argumental del padre Ramière expondremos sintéticamente esta obra, recopilando algunas reflexiones de sumo interés.

Nuestro autor parte de la tesis de que «El liberalismo y la Revolución son una misma cosa. El liberalismo es la doctrina de la Revolución, y la Revolución es la aplicación práctica del liberalismo». Este principio, por desgracia, apenas es percibido por muchos católicos, ya que el liberalismo, desde su presentación política, siempre ha confundido. Aún hoy ocurre lo que denunciaba el padre Ramière, son muchos los políticos en toda Europa que se atribuyen la denominación de «liberal» y, por tanto, podría ser aplicado tanto al conservadurismo como a posturas progresistas. Desde Bismark a Castelar, muchos fueron los políticos europeos que quisieron distinguirse con el mérito de «liberales», pero Ramière, ante esta posible confusión, ensaya una definición inapelable: «El liberalismo es aquel sistema que afirma la completa independencia de la libertad humana, y niega por consiguiente toda autoridad superior al hombre, sea en el orden intelectual, sea en el religioso, sea en el político». Esta definición se contendría especialmente en la famosa Declaración de los Derechos del

Hombre, que —a su entender— se había convertido en el símbolo fundamental del liberalismo. Pero el problema no es sólo definir el liberalismo, sino detectar sus múltiples formas de presentarse en la historia. He aquí la primera genialidad de Ramière, proponer las diferentes caras del liberalismo que a tanta confusión ha llevado en el mundo católico.

Tres formas de liberalismo

EN primer lugar tendríamos el *liberalismo radical*, también conocido por el «librepensamiento». Esta cara del liberalismo se muestra con toda su lógica y proclama, sin esconderse, sus principios. Sostiene que el hombre es absolutamente autónomo y que no es responsable ante ningún ser superior. Defiende, en cuestiones teológicas, el individualismo absoluto, y en cuestiones políticas que la muchedumbre tiene derecho a todo lo que desee. Las grandes ideologías revolucionarias corresponderían a esta categoría de liberalismo que se caracterizan por la coherencia entre sus principios (aunque erróneos) y su aplicación.

En segundo lugar encontramos una forma de liberalismo más pernicioso si cabe: el *liberalismo moderado*. Muchas veces el liberalismo adquiere una forma conservadora y como enfrentada a la Revolución, aunque mantiene sus mismos principios: «admitiendo los principios y rechazando las consecuencias, los liberales propiamente dichos conservan a su doctrina toda su fascinación». No obstante, sigue proponiendo Ramière, el liberalismo moderado, a pesar de mantener los principios del liberalismo radical, «no es aquél que con mayor precisión y claridad revela su doctrina, sino al contrario aquel que con mayor astucia la encubre». El liberalismo moderado siempre querrá situarse en «el justo medio» (hoy diríamos centro) queriéndose alejar de las consecuencias radicales de la Revolución pero también de la constitución católica de la sociedad, pues en el fondo nunca renegará de sus principios. He aquí precisamente el peligro del liberalismo moderado: su defensa, a veces, de principios cristianos, pero sólo nominalmente y nunca de convencimiento. Este tipo de liberales no tiene inconveniente, incluso, en reconocer que existe un Dios, «pero con la condición de que este Dios, regulador de la razón individual, renuncie al ejercicio de su soberanía».

En el orden político, el liberalismo moderado reconoce que la muchedumbre debe quedar sometida a

una autoridad, pero esta autoridad no debe trascender al Parlamento. La defensa del parlamentarismo no es ni más ni menos, encubierta de democratismo, que la aspiración de los ilustrados a liderar las masas. Ya que sólo las clases cultas pueden –bajo su creencia– acceder a los altos cargos de la representación política. Según Ramière: «Para este partido [el liberal] el parlamentarismo no es una forma política destinada a regular el ejercicio de la autoridad, sino que es un principio superior al principio de autoridad». En el orden religioso, el liberalismo moderado defiende que los hombres tengan un culto, siempre y cuando puedan elegir el culto que quieran. Incluso muchas veces: «estos hombres moderados se abstendrán de la persecución [religiosa] violenta; llevarán, si se quiere, su condescendencia hasta rodear la religión de una protección generosa; pero en cambio exigirán que la sociedad espiritual reconozca la supremacía absoluta de la autoridad temporal, aun en las cuestiones en que se comprometan directamente los intereses religiosos». En cuestiones religiosas, en el fondo siempre querrán presentarse como una postura neutra. El padre Ramière descarga su pluma: «Es evidente que la sabiduría de estos hombres consiste en permanecer neutrales entre las dos potestades que se disputan el imperio del mundo, en conciliar las exigencias de Belial con los derechos de Cristo. Como médicos de los pueblos, creen poder curar mejor los males propinándoles en igual dosis el error y la verdad».

En tercer lugar, tendríamos el *liberalismo católico*. Es el que explícitamente se aleja más del liberalismo radical y, más que presentarse como una doctrina, puede traducirse como actitudes o disposiciones de ánimos respecto a la doctrina católica. Muchas veces los liberales católicos aceptan todos los principios católicos (al menos en la época de Ramière) e incluso no quieren ser reconocidos como liberales. Pero, sin embargo, les molesta proclamarse públicamente. En caso de que se les atacara desde el dogma católico admitirían que las tesis católicas son verdaderas, pero las considerarían como mera abstracción o ideología. Hoy, buena parte del progresismo imperante ha generado esta actitud entre muchos católicos que se acomplejan de proclamar las verdades del Magisterio o se asustan ante la mención de una «Iglesia triunfante». Especialmente se descubre el liberalismo católico en el rechazo de estos cristianos de la «Soberanía de Cristo». Sin renegar de determinadas verdades, prefieren que éstas no se defiendan públicamente.

En este punto, Ramière nuevamente es capaz de caracterizar psicológicamente al católico liberal: «se muestran vivamente ofendidos cuando ven condenada su táctica por el lenguaje y la conducta de los católicos más resueltos, produciéndoles esto una irritación hartamente natural, que les hace severos hasta la injusticia con los fieles más adictos a la Iglesia, mien-

tras obsequian y acarician a sus más encarnizados enemigos [...] si la Iglesia interpone su autoridad a fin de conservar la integridad de los principios, los liberales católicos no se rebelan abiertamente contra sus decisiones, pues quieren permanecer católicos; pero para continuar sosteniendo los errores que condena, pretenden atenuar el valor de sus censuras, desvirtuar el sentido de sus expresiones». Así, en el católico liberal hay dos hombres y dos conciencias, una la exterior y otra la interior. Aunque exteriormente se mantenga obediente a la Iglesia, en su interior se gesta la rebeldía; y además, prosigue Ramière: «en la Iglesia y en la familia se muestra católico, mas en el foro y en el pretorio deja sólo aparecer al liberal». O, como decía Lacordaire al final de sus días: «Yo soy cristiano penitente, pero liberal impenitente».

Tres errores del liberalismo y sus consecuencias

EN síntesis, todo liberalismo recogería tres categorías de errores. 1) Errores contra la fe cristiana, al negar la soberanía real de Cristo sobre la sociedad, aunque no se niegue su divinidad. 2) Errores sobre el hombre, al creer que éste ha sido creado sólo para la vida en la tierra y que nada trasciende a la vida eterna. 3) Negar que el «fin de la sociedad es preservar al hombre de las perversas inclinaciones que provienen de su caída y favorecer el desarrollo de sus facultades». Por el contrario, siguiendo las tesis de Rousseau, creen que el hombre «ha nacido bueno y ha sido depravado por las instituciones sociales». Por tanto hay que arrancar del hombre todo lo que le ha aportado la civilización para devolverle a ese estado natural. La aplicación de estos errores tendría las siguientes consecuencias, que Ramière supo sintetizar con preclara visión:

a) *El embrutecimiento de la razón y el envilecimiento de la ciencia*

El liberalismo, que siempre se ha presentado como defensor de la razón, en el fondo ha llevado a la anulación de la misma. Ramière intuyó algo que hemos vivido ya en el siglo xx, que es la negación de la racionalidad y la eclosión del nihilismo. Pero estas tesis ya estaban contenidas en el racionalismo. La razón sin la fe ha quedado «embrutecida» y prácticamente anulada. Por eso: «Apenas la razón fue emancipada de la tutela de la fe por la conspiración de un puñado de hombres que se hacían llamar filósofos, la filosofía, ciencia racional por excelencia, cesó de ser considerada como tal, reservándose sólo este título para el conocimiento de las relaciones de los números y de las leyes de la materia. El conjunto de este conocimiento se llama hoy la ciencia, que a juicio del liberalismo tiene la suprema autoridad. Para

él la ciencia ha sustituido no solamente a la filosofía, sino también a la Iglesia y a la revelación». Nos viene a la mente una afirmación que solía repetir el doctor José M.^a Petit cuando decía que en el fondo el mundo ha avanzado mucho en la técnica, pero no en la ciencia. Estos avances técnicos nos confunden, pero en el fondo la verdadera ciencia ha quedado prácticamente detenida.

b) *El decaimiento de la literatura y de las bellas artes y la degradación de la educación*

Sobre la crisis de la literatura y del arte no hay que decir mucho, pues nuevamente Ramière profetiza la debacle que supondrá para la cultura la modernidad. Respecto a su análisis de los efectos del liberalismo en la educación, el padre Ramière será contundente: «primero destruyendo en las almas el amor a la verdad». Por eso, distingue, no hay que confundir la educación con la instrucción, cosa que sí hace el liberalismo, ya que: «Educar, pues, es engendrar por segunda vez al hombre; es verdaderamente un parto moral, no menos laborioso que el que tiene por término la producción de la vida física. No de otra manera que ésta, la educación ha menester de dos fuerzas, de dos amores, a los que quiso Dios confiar la protección y el crecimiento de todo ser que nace, esto es, del amor paterno y materno, de la autoridad y de la ternura». La instrucción es una mera transmisión de habilidades que queda condicionada por: «El examen para el bachillerato, [que] tal como hoy se practica, no solamente no facilita al alumno conocimientos que sean capaces de formar su espíritu, sino que aun casi le imposibilita su adquisición; puesto que el pobre candidato, obligado a responder sobre tan diversas asignaturas, no puede tener otro pensamiento, durante el año que precede al examen, que el de aprender lo que rigurosamente se le exige para obtener el diploma». La filosofía, la teología y la moral, por tanto, quedarán fuera de los intereses de los alumnos.

El liberalismo político

UN capítulo del libro estará dedicado al liberalismo político. Ramière distingue claramente que una cosa es la libertad de opinión sobre las formas de gobierno, y en esto no reside el liberalismo, y otra proclamar la libertad a costa de negar la autoridad. El liberalismo será un impugnador de cualquier autoridad verdadera, socavando así los fundamentos de cualquier sociedad. En el ámbito político el liberalismo:

1) Destruye la libertad política: la forma de anular la libertad es aniquilando la noción de deber, ya

que: «sería ilusoria mi libertad si no se prohibiera a los otros que me impidiesen su ejercicio. Pues bien, el liberalismo, emancipando al hombre de la sujeción a toda autoridad superior, destruye esta garantía esencial de la libertad». Ramière realiza una bella reivindicación del sentido del deber que se va perdiendo en la sociedad. El deber no sólo es una norma de acción, sino que establece vínculos de correspondencia. Por eso en una sociedad donde nos atan los deberes de unos para con otros no puede aparecer el individualismo.

2) Lleva a la anarquía y a la tiranía: el argumento del padre Ramière es suficientemente contundente: «Separados los miembros del cuerpo social, encendida la lucha entre las pasiones libres de todo freno, y las libertades individuales privadas de toda dirección, viene la anarquía, que es el más violento de todos los estados de la sociedad. Mas este no puede ser duradero, porque los derechos hollados por la violencia, los intereses despojados de toda garantía, y hasta las mismas pasiones reportando de su lucha más heridas que ventajas, pedirán un yugo que les salve de sus propios excesos y les proteja contra quien les asalte; pero como está ya destrozado el yugo de la fuerza moral, no les quedará otro que el de la fuerza bruta. Y he aquí que por encontrar quien ocupase el lugar de la autoridad, las naciones liberales que no la quisieron se ven ahora obligadas a echarse en brazos del despotismo. Anarquía y despotismo son dos verdugos en quienes el liberalismo resigna sucesivamente la libertad, y que, aunque parezcan muy diferentes del liberalismo, son en sustancia sus legítimos hijos y herederos; la anarquía primero y después el despotismo son los frutos que necesariamente produce en virtud de su principio, la negación de la autoridad de Dios».

El liberalismo católico

LA segunda parte del libro estará centrada en una profundización en el liberalismo católico desde una perspectiva teológica e histórica. Se rastreará el origen del liberalismo en el primer enemigo del cristianismo: el paganismo. Ramière en un magistral párrafo sintetiza la historia del liberalismo: «El cristianismo, o sea la divinización de la humanidad hecha por el Hombre-Dios, desde su aparición en el mundo, ha tenido que medirse con un enemigo, a quien ha vencido sin poder destruir, o sea el paganismo, adoración que la humanidad se daba a sí misma con conciencia más o menos clara de su delito. Esta idolatría que se personificaba en los césares romanos, lejos de deponer las armas cuando Constantino la arrojó del trono, trató desde luego de preparar su revancha. En cada siglo se ha esforzado, con más o menos éxito, en hacer prevalecer por me-

dio de las herejías y del sensualismo el orgullo de la razón y el desenfreno de las concupiscencias sobre la fe y la moral cristianas. Pero de un modo especial, en el orden político, el paganismo ha querido reconquistar un poder que le permite extender su imperio sobre los demás órdenes. Y lo ha logrado. Bizancio primero, y Alemania después, han sido los teatros de sus primeras victorias; pero estaba reservado a la Francia, en la persona del sobrino de san Luis, Felipe el Hermoso, decretar al cesarismo pagano su primer triunfo y dar principio a la grande apostasía de los pueblos cristianos. Cuatro siglos ha empleado el movimiento para desarrollarse, y se ha terminado al final del siglo pasado con la solemne proclamación del destronamiento de Jesucristo y de la emancipación de la sociedad moderna. Pero entonces el paganismo triunfante cambió de forma; de monárquico que había sido se hizo demagógico; el liberalismo ocupó el lugar del cesarismo. Mas, como hemos visto, en sustancia es siempre el mismo error: la sustitución del orgullo humano a la autoridad divina. Mientras duró la infancia de los pueblos se sometieron al yugo de un monarca y a la adoración de la humanidad en su persona; mas llegados a la edad adulta no han querido sufrir más este yugo, y cada hombre ha pretendido adorarse a sí propio. Con esto el anticristianismo ha recibido su último desarrollo».

Una de las características de las herejías es manifestar siempre una forma de error mitigada. Al arrianismo le acompañó el semiarrianismo; al eutiquianismo, el monotelismo; al luteranismo, el jansenismo. El cesarismo monárquico engendró el galicanismo y, afirma Ramière: «Ahora el liberalismo católico por su parte no es otra cosa que la forma templada del liberalismo anticristiano». A las herejías que más se parece es al semiarrianismo y al jansenismo. Como éstas, el liberalismo católico parece no profesar un símbolo claro y se hace hartamente difícil denunciarlo, pues «haciendo profesión de mantenerse en un terreno intermedio entre el error condenado y la verdad definida, no conservan ninguna posición fija y cambian continuamente de forma. Así es que la mayor parte de los escritores que combaten el liberalismo católico han renunciado a definirlo».

Entre los errores y equívocos del liberalismo católico se encuentran los siguientes:

1.- Creer que el liberalismo es una opinión libre y que nunca ha sido condenado por la Iglesia. Los católicos liberales, como mucho atienden (en época de Ramière) a si un anatema condena explícitamente un error, pero no reconocen la doctrina del magisterio de la Iglesia en la que papas como Pío IX o Gregorio XVI, han condenado los principios liberales.

2.- No sólo niegan que sus tesis han sido conde-

nadas, sino que pretenden que su sistema enraíza con la tradición de la Iglesia. La «libertad de conciencia» tal y como en su momento fue condenada por el Magisterio, la reclaman como una verdad evangélica.

3.-Acostumbran a acusar a los católicos no liberales de atentar contra la unidad de la Iglesia, mientras que ellos no paran de conspirar para desunir y perturbar la vida eclesial.

4.-Cuando se les acusa de atentar contra el dogma católico, la cuestión de principios suelen llevarla a las cuestiones personales. Si se les acusa de errores doctrinales, presuponen que sólo se les amonesta por su comportamiento personal.

5.- El liberalismo católico, en sí mismo es imposible de llevar a la práctica por una razón muy sencilla ya que, como expone Ramière, pretende «*la conciliación del dogma cristiano de la soberanía social de Jesucristo con el error liberal de la negación de esta soberanía, lo cual es una contradicción manifiesta*».

Conclusiones en torno al liberalismo católico

BAJO excusa de buscar la libertad de la Iglesia, separándola del mundo y de los poderes temporales, la acaban abocando al sometimiento del poder político. Misteriosamente, al catolicismo liberal, «no le basta [...] abandonar la Iglesia a los asaltos de sus enemigos y unírseles para dirigirle los golpes más dolorosos. Él la priva aun de su principal fuerza, sembrando la división en sus filas, destruyendo el prestigio de sus jefes y debilitando el nervio de su disciplina». Ramière insiste que la «secta liberal» es en el fondo un partido religioso y político y no una escuela filosófica. Este partido pretende, en nombre de la libertad, que la Iglesia quede separada de los poderes temporales, pero ello sólo puede traer desgracias para la Iglesia y la sociedad. Sin embargo, «nosotros esperamos que Dios, que sabe sacar bien del mal, se servirá de los desastres causados por esta funesta libertad, como se sirvió de las violencias de la persecución para reconducir a Jesucristo, su único Salvador, a las naciones cuyo imperio le ha prometido». Una sentencia de Ramière puede concluir toda su obra: «*Dando una mirada a todo el mundo civilizado, vemos brotar de los acontecimientos que van realizándose dos verdades, en apariencia contradictorias, y en realidad unidas entre sí por necesario enlace, y son: el liberalismo obtiene por todas partes un triunfo completo, espantoso, y esto no obstante por dondequiera se ve obligado a destruirse a sí mismo*». Sus propios errores acabarán con él.

Continuador del padre Ramière

FRANCISCO CANALS VISDAL (†)

En el número necrológico dedicado al padre Orlandis (Cristiandad, núm. 331, septiembre de 1958), el doctor Canals destacó la comunión de ideas y de espíritu apostólico entre el padre Ramière y el padre Orlandis, tal como sugiere el título del artículo. De él destacamos los siguientes párrafos:

Sobrenaturalismo

«Ésta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice.» Esta afirmación audaz e intencionada del padre Orlandis podía en cierto modo servir para caracterizar históricamente al padre Ramière. Fue éste representante impulsor excelso de aquel movimiento que iniciaron en Francia los apologistas contrarrevolucionarios. Nos referimos al «ultramontanismo», al progresivo acercamiento característico de las décadas de mediado el siglo xx, de los católicos franceses respecto a la Sede Romana. En esta corriente ultramontana, que tanto impulso adquirió en el pontificado de Pío IX, con actitud decididamente antiliberal, y que tuvo como órgano de mayor influencia y difusión europea a *La Civiltà Cattolica*, se señala de modo particular el padre Ramière por su visión sobrenatural de la Iglesia. No dejó nunca de situar la cuestión en este punto de vista: «el galicanismo, considerando demasiado el lado humano del Papado, creía que no podían tomarse demasiadas precauciones para impedir que se desviase por las debilidades humanas el ejercicio de su divina autoridad. La devoción al Corazón de Jesús, al mostrarnos al divino Salvador siempre viviente en su Iglesia, hace que reconozcamos su voz en la de su Vicario, y nos libra del temor de verle faltar a la perpetua asistencia que le ha prometido».⁸

El sistema de pensamiento del padre Ramière, en el que inspiró la admirable institución del Apostolado de la Oración, lo formuló el padre Orlandis cifrándolo en dos principios: «El primero: el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y *divinización*. El segundo: El Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el Reinado de su Amor».⁹

8. *Le Regne Social du Coeur de Jésus*, por Henri Ramière, Toulouse, 1892, pág. 13.

9. *Pensamientos y ocurrencias*, del P. Ramón Orlandis, S.I.

A estos dos principios se refieren las dos actitudes fundamentales que el padre Orlandis inspiró a su obra: sobrenaturalismo, antiliberalismo. Imitando el modo de ser generoso y constructivo del padre Ramière y a la vez su intransigente «odio al error» –síntoma inseparable para él de una vida de fe en estado de salud– se dijo en *CRISTIANDAD* por inspiración de su «curador espiritual» que: «*sin dejar de combatirlos* directamente emplearía un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo la propagación de la devoción al Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo la proclamación de la soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar la sociedad».¹⁰

No es preciso insistir en el paralelismo que muestra el entronque ramierista de la obra del padre Orlandis. Señalemos solamente el carácter nuclear que en la doctrina y el espíritu cristianos tienen los puntos capitales en que se concentró el esfuerzo apostólico del padre Ramière y, coincidiendo con él, de nuestro padre Orlandis.

«El Corazón de Jesús, fuente de *vida sobrenatural*, fuente de la *divinización* del cristiano». Este centro del dogma, fue el tema permanente del padre Ramière en el *Messenger*. Entendía que la revelación del Corazón de Jesús se dirigía precisamente a llamar de nuevo la atención de los cristianos sobre el misterio de su filiación divina por su incorporación en Cristo. En un tiempo en que –como se ha escrito– «la teología corriente había olvidado la tesis central de la divinización», su genio apostólico, o mejor dicho su instinto cristiano, hicieron que consagrara su vida a la difusión del gran dogma de la incorporación de los cristianos a Cristo, y que comprendiera la devoción al Corazón de Jesús, así entendida, como el completo desarrollo de la piedad cristiana. Fue por esto sin duda que pudo ocupar en la historia del apostolado y de la teología del Corazón de Jesús su lugar tan excepcional.

El padre Orlandis con una mentalidad y formación teológica más profunda y elaborada, en muchos

10. «El porqué de esta Revista», número de prueba de *Cristiandad*, 1944.

aspectos, participaba de estas convicciones y sentía una admiración íntima por la obra del padre Ramière. Insistía en recomendar, como la más excelente lectura espiritual la obra «El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano».

Los aspectos en que el pensamiento del padre Orlandis avanzó en profundidad, siguiendo la misma dirección en que se movió el fundador del Apostolado de la Oración, son aquellos principalmente a que él mismo alude en *Pensamientos y ocurrencias*. Su importancia y urgencia en la moderna espiritualidad son evidentes. Centrando el misterio cristiano en el Corazón de Cristo, del Verbo hecho hombre, para que los hombres fuesen por Él divinizados, aparece la conexión entre el culto al Corazón de Cristo y el dirigido a la persona divina del Espíritu Santo, Amor subsistente y personal, Don divino que se comunica a los hombres y habita en el alma del cristiano. No es aquí lugar ni ocasión para referirnos a las profundas concepciones teológicas con que el padre Orlandis, en la línea del padre Ramière, buscaba «alguna inteligencia» de este misterio de la inhabitación del Espíritu Santo. Nos parece que podría decirse que fue esta la preocupación central que impulsó gran parte de sus investigaciones teológicas y filosóficas. Recordemos sólo la insistencia con que urgía cuán necesario es para los fieles «conocer al Espíritu Santo», y con cuánto entusiasmo y convicción compartía la idea que expresaba el padre Ramière al decir: «¿Qué debemos hacer para poder obrar obras divinas? Imitar al Corazón de Jesús y, como Él, no obrar sino bajo la influencia del Espíritu de Dios. Así la devoción al Espíritu Santo se confundirá en nosotros con la devoción al Corazón de Jesús, y nos llenaremos de la plenitud de Dios».¹¹

En la perspectiva de esta teología, el padre Orlandis insistía con personalísima preocupación en profundizar en la idea ramierista también y de tradición montfortiana,¹² de la *maternidad espiritual de María, Esposa del Espíritu Santo* de quien Cristo nace, en su cabeza y en sus miembros. El cristiano, hecho miembro del Cuerpo de Cristo que es su Iglesia, recibe, por la fecundidad del Espíritu Santo, la divina filiación adoptiva «en el seno de María». La devoción y la consagración a su Corazón Inmaculado y *Maternal* –insistía con especial interés en esta advocación– se asociaron por esto mismo, en las campañas que él inspiró, a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

11. *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, por el P. Enrique Ramière, S.I., Bilbao, 1931, capítulo VI.

12. Véase el artículo del P. José Caballero, S.I., «Una consagración mariana modelo», *Cristiandad*, núm. 257, diciembre de 1954.

Antiliberalismo

«Tenemos el ejemplo del padre Ramière –dijo en memorable ocasión el padre Orlandis– cuya fórmula la podemos decir que era: el cristianismo no ha venido a suprimir nada de lo propio a la naturaleza humana, sino a jerarquizarlo todo en un orden de valores conducente al fin sobrenatural.»

En estas palabras, pronunciadas en 1943, encontramos inesperada y curiosamente reducida a una sola fórmula aquella doctrina cifrada en el doble principio antes aludido. Es este un punto que conviene sobre todo subrayar, porque nos puede dar la clave para superar sutiles y deletéreas confusiones en que nos sume un ambiente y mentalidad que solemos llamar «moderno». Solemos en efecto considerar antinómicamente lo personal y lo social, lo íntimo y profundo y todo cuanto se refiere a la justicia y al derecho, la ley y el amor. Tendemos a sentir sobre todo las antinomias que nos planteamos en torno a la naturaleza y la gracia, a lo divino y lo humano.

Efecto de esta mentalidad es el que resulte sorprendente a muchos el hecho de que el padre Ramière, el más grande de los precursores de la teología del Cuerpo Místico de Cristo, fuese el primer y más consciente teólogo de su reinado social, el vindicador de los derechos del Hijo de Dios encarnado y de su Iglesia sobre la sociedad humana, teólogo de la infalibilidad y de la autoridad del pontificado, adversario tenaz y progresivamente consciente del galicanismo y del liberalismo.

El espíritu unitario y sintético del padre Ramière, que veía en unidad la naturaleza y la gracia, el hombre con todas sus dimensiones personales y sociales, le hizo apto para la comprensión total del reinado del amor de Cristo. Fue indiscutiblemente el principal heraldo de aquella corriente espiritual a que alude Pío XI en el famoso pasaje de la *Miserentissimus Redemptor*, en que se habla de los devotos del Corazón de Jesús que, oponiéndose al «no queremos que Éste reine sobre nosotros» de la impiedad revolucionaria proclamaron con valentía: «Es necesario que Cristo reine, venga a nosotros tu Reino».

El padre Orlandis en modo alguno hubiera considerado lícito que el Apostolado de la Oración renunciara a su gloriosa tradición, por la que mereció desempeñar un papel de primer orden en el movimiento que promovió la institución de la fiesta de Cristo Rey. No debemos olvidar nunca quienes recibimos su formación el empeño con que procuró suscitarse, principalmente a través de la revista *Cristiandad*, las campañas que más directamente entroncaban con la idea de la consagración pública y universal al Corazón de Cristo entendida como proclamación de

su realeza. La expresión tal vez más característica de su síntesis, en que se contienen trabajos de valor definitivo –escritos por el Padre o, bajo su dirección e inspiración por Jaime Bofill, Pedro Basil y José-Oriol Cuffí Canadell– fue precisamente el folleto «Hacia el cuarto Año Jubilar», aquel verdadero libro de oro, como lo calificó en 1948 el padre Murall, S.I., en unas inolvidables conferencias.

La misión del Apostolado de la Oración

«¡Cuán rectamente sentía el padre Ramière –se decía en 1949 por la Dirección General del Apostolado de la Oración– que con incansable trabajo proclamó muy alto: Venga a nosotros el Reinado Social de Jesucristo por la devoción a su Corazón Santísimo!»

«También en nuestros tiempos, cuando el naturismo y el materialismo producen en abundancia sus amarguísimos frutos, es necesario que se levante entre los católicos *un gran movimiento sobrenatural, que tienda con todas sus fuerzas a que se establezca «el Reinado social de Jesucristo por la devoción al Sagrado Corazón».* «Es esta la misión suavisima del Apostolado de la Oración.»

Se escribió esto aludiendo precisamente a la campaña promovida en todo el mundo hacia una renovación solemne de la consagración universal al Corazón de Jesús. La idea que en estas palabras se expresa acerca del Apostolado de la Oración, que recordamos haber oído comentar y explicar a nuestro padre Orlandis, exige que se ponga previamente en claro un punto de singular importancia.

Si el Apostolado de la Oración fuese meramente «una liga de oraciones», si sólo fuese propio de él, de un modo totalmente excluyente de cualquier actividad apostólica, *el apostolado de la oración*, no podría contarse en tal caso entre las asociaciones apostólicas propiamente dichas, incluídas en lo que de modo genérico se conoce con el nombre de Acción Católica.¹³ Se daría así el caso de que en esta «movilización general del pueblo cristiano» dirigida a la instauración del Reinado de Cristo,¹⁴ no podría considerarse como fuerza de primera línea a una institución como el Apostolado de la Oración, a la que Pío XI elogiaba precisamente porque «de modo constante desde su fundación hasta nuestros tiempos se propuso como fin peculiar el promover por

todos los medios entre los pueblos y naciones el Reinado Social de Jesucristo».¹⁵

El padre Orlandis insistió siempre en concebir el Apostolado de la Oración del modo que quedó definitivamente aclarado en los nuevos Estatutos promulgados en 1952, centrados en la idea de que el programa espiritual que éste propone contiene como una síntesis resumida o norma compendiada de cuidado pastoral. Sin confundir sus actividades con las demás asociaciones apostólicas, ni emprender tal o cual actividad concreta, el Apostolado de la Oración tiene una misión apostólica *propia*, que desarrolla por sus promotores y directores, por sus órganos de difusión –*El Mensajero del Corazón de Jesús* y otros – y de *modo muy especial por sus celadores*: la de difundir el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús y promover la corriente espiritual dirigida a establecer su Reinado. Sin usurpar el oficio propio de ninguna otra obra es también por esto el Apostolado de la Oración una obra apostólica propiamente dicha, que merece como la que más el calificativo de apostolado seglar, o de acción católica, si entendemos este término en sentido genérico.

En el empeño de profundizar en la formación de los celadores –que consideraba tarea fundamental de un director del Apostolado– entendió el padre Orlandis que el mismo bien de éste y la necesidad de hacer apto su espíritu y su doctrina para penetrar en ambientes en los que consideraba él indecoroso el resignarse a la fe del carbonero, hacían adecuado y necesario el dedicar un esfuerzo intenso y constante al estudio «teológico, ascético e histórico de la devoción al Sagrado Corazón y de su providencial adecuación a las necesidades del mundo moderno». No otra cosa fue la sección del Apostolado de la Oración por él fundada: SCHOLA CORDIS IESU.¹⁶

15. Breve de S. S. Pío XI al director general del Apostolado de la Oración, de 13 de marzo de 1926.

16. En los Estatutos de Schola Cordis Iesu aprobados por la Dirección General del Apostolado de la Oración, se la define como una sección del centro del Apostolado de la Oración erigido en la iglesia del Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús en Barcelona (art. 1.º). Esta sección se propone «Formar miembros del Apostolado de la Oración que ... mediante el estudio teológico y filosófico, ascético e histórico de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y de su providencial adecuación a las necesidades del mundo moderno, se preparen para difundir y realizar el ideal del Reino de Cristo en los aspectos de la vida cultural y social en su más amplio sentido (art. 3.º). En su artículo 5.º se establece que la dirección de Schola Cordis Iesu estará confiada al padre director del centro del Apostolado de la Oración en la iglesia del Sagrado Corazón de Barcelona, o en su caso al padre de la Compañía de Jesús que sea designado a tal fin.

13. Discurso de S. S. Pío XII al II Congreso Mundial del Apostolado Seglar.

14. «El Reinado del Corazón de Cristo. Ideal común del Apostolado de la Oración y de la Acción Católica», por Pedro Basil. *Cristiandad*, núm. 206, 15 de octubre de 1952.

La teología de la historia

Como algo exigido por el propósito de seriedad que caracterizaba su actitud espiritual e intelectual, entendía el padre Orlandis aquella profundización en el sentido sobrenatural de la vida que perseguía en las investigaciones de teología de la historia. Propósito de seriedad decimos, porque para él nada menos adecuado a estos estudios que una curiosidad ambiciosa o pueril. También en esto seguía al padre Ramière, que dió nombre a esta ciencia, y que la concibió con el mismo fiel espíritu deseoso de conocer la realidad y sentido del Reino de Dios, en cuanto Él haya querido revelarla a los hombres.

El hombre moderno, vive en un mundo cuya apostasía pública ha arrancado la fe de una multitud de almas con pretextos e ideales engañosos «sociales» y «políticos». Se le hace sumamente necesario por lo mismo, en la medida de su responsabilidad y de su cultura, el formarse en un sentido cristiano íntegro, en el «verdadero sentido que en la Iglesia militante debemos tener», de un modo que tenga en cuenta todas las dimensiones de la vida humana, individuales y sociales.

En esta línea el padre Orlandis y el padre Ramière se esforzaron, como buscando el complemento y plenitud del discernimiento ignaciano de espíritus, en llegar a aquel ideal que un teólogo ilustre señala para el hijo de san Ignacio: el de ser «hombre del rastrear divino, con una pista para lo divino y diabólico en los acontecimientos de la historia humana, un hombre que se las arregla en Jerusalén y en Babilonia».¹⁷

Jerusalén y Babilonia, la ciudad de Dios y la ciudad de Satanás, no tienen ciertamente una presencia apreciable empíricamente a primera vista, al modo de las ciudades históricas con cuyo nombre las significamos. Pero tampoco podían ser consideradas como lejanas o trascendentes, ni tampoco como puramente «interiores» al modo que las concibe a veces una mentalidad que atomiza en su visión la sociedad de los espíritus.

Para conocer esta presencia histórica del Reino de Dios, para ver los acontecimientos humanos a la luz de su juicio, ya que «Dios no es nunca neutral ante ellos ni ante el curso de la historia»¹⁸ el padre Orlandis, avanzado en extensión y en profundidad sobre la tarea de iniciador del padre Ramière, buscó con esfuerzo prolongado durante largos años este «rastrear divino», en el estudio de la Sagrada Escritura y de la historia. No es esta ocasión para exponer su sistema genial y pacientemente elaborado; recordemos únicamente que él mismo caracterizaba este estudio de la teología de la historia como el tema

central de su magisterio en Schola Cordis Iesu, y que aquel sistema estaba centrado en una visión «optimista» de los planes de Dios sobre la Iglesia y el mundo. No tenemos por qué esforzarnos en distinguir nosotros, porque él mismo lo hizo de modo preciso y rotundo, su visión teológica, de las actitudes ilusorias o confusionarias que tienden a reducir a algo meramente exterior y terreno el reino mesiánico. Insistía por otra parte también en señalar el carácter de estímulo secundario que estas «esperanzas de la Iglesia» de carácter probable, ofrecen en la vida cristiana. Insistía en cambio de un modo absoluto en el «optimismo nuclear»: su actitud en esto era para él la puesta en práctica de la consigna pontificia de proclamar tanto más alto y públicamente los derechos de Cristo cuanto más son negados y desconocidos en la sociedad moderna.

La mensajera del amor misericordioso

Trazaríamos una fisonomía incompleta del padre Orlandis como continuador del padre Ramière si olvidáramos su convicción, que llenaba cada vez más su corazón y su mente, de que en el providencial desarrollo de la devoción al Corazón de Jesús ha tenido una misión decisiva, profundamente misteriosa, la santa que en frase de Pío XII «ha vuelto a hallar el Evangelio, el corazón mismo del Evangelio»: santa Teresita del Niño Jesús.

Los pocos párrafos que en *Pensamientos y ocurrencias* dedica el padre Orlandis a presentar esta «mensajera de las misericordias inefables del amor de Dios hacia las almas débiles y pequeñas» dejan sentir no sé qué emoción íntima de un encanto sublime y tierno. Estas palabras bastarían para revelar a todos cuantos no tuvieron la dicha de haberlo apreciado durante su vida, los aspectos más cordiales y sobrenaturalmente humanos de la grandiosa personalidad del padre Orlandis. Hombre genial y sutil sentía sin contradicción ni antinomia el mismo entusiasmo por las grandiosas perspectivas de la visión del mundo y de la historia, que por los más delicados matices de la vida del sentimiento y del corazón. En lo humano y en lo sobrenatural puede decirse que la seriedad y la ternura eran las cualidades que procuraba con empeño tenaz, por considerarlos básicos para todo esfuerzo de santificación y de apostolado.

Por esto el padre Orlandis estaba subjetivamente preparado para comprender la coherencia y el enlace objetivo entre la corriente espiritual de la devoción al Corazón de Jesús y el evangélico mensaje de santa Teresita. Su visión unificante y total superaba las contradicciones, en que otros tropiezan, entre los «grandes gestos barrocos» que se les antoja ver en el culto al Corazón del Rey universal Cristo Jesús, y las ternuras «infantiles» y «filiales» de la gran hija de santa Teresa.

17. Hugo Rahner, S.I., *Ignacio de Loyola y su histórica formación espiritual*, Editorial Sal Terrae, 1955. pág. 46.

18. Pío XII en su mensaje de Navidad 1952.

«La Soberanía Social de Jesucristo», del padre Enrique Ramière

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

El «optimismo nuclear» del padre Orlandis

En el número 73 de nuestra revista, fechado en 1 de abril de 1947, su inspirador, el padre Ramón Orlandis S.J., publicaba con su firma un luminoso trabajo bajo el título de «¿Somos pesimistas?». En él, y denominándolo «optimismo nuclear», exponía la tesis que había de ser el ideal permanente de CRISTIANDAD, y objeto de incesante reiteración: «la esperanza de una realización del reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora».

El padre Orlandis, coincidiendo con el padre Ramière, insistía en la defensa de esta tesis, frente a los partidarios de la hipótesis que la relegaba al limbo, y escribía al respecto: «Todos los números de CRISTIANDAD son una profesión de fe y de esperanza en este ideal, y si en ellos a veces transpira la indignación contra los malminoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque CRISTIANDAD ignore u olvide que en ciertas ocasiones, en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aun acogerse al mal menor, sino porque los católicos liberales de ayer, y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis; alaban y encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aún hoy en día osan hablar del ideal, y no pocas veces achacan a la intransigencia de éstos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia; la severidad y la dureza de trato la guardan para los intransigentes, mientras que la amabilidad y aun la melosidad untuosa la reservan para los que hacen necesaria la hipótesis.»

«A los intransigentes a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos. De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien, por lo menos el escaso bien con que se contentan.»

Veía en la debilitación del espíritu sobrenatural el amargo fruto de esta malaventurada actitud: «¿Esta táctica, esta manera de pensar podrá dar otro resultado que el oscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristiana? Y esas tácticas de esperar el bien

de la Iglesia de la alianza con los que si no están abiertamente contra ella, por lo menos es cierto que están fuera de ella ¿no será causa de que se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos eficaces, que son patrimonio exclusivo de la Iglesia?»

«CRISTIANDAD, los que forman el núcleo de su redacción, llevan en su corazón el ideal cristiano, y añado ahora que tienen la persuasión de que cuanto más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hipótesis, más necesario es conservar puro y vivo en la mente y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente.»

León XIII, el gran León XIII, en su luminosa encíclica *Libertas*, cuando reconoce la necesidad eventual de la hipótesis y la necesidad de acogerse al sistema de las llamadas libertades modernas encarga sientan ellos, los católicos que viven en una nación en que la hipótesis es necesaria, lo mismo que de estas libertades siente la Iglesia.»

Las esperanzas del padre Ramière y el magisterio de la Iglesia

Reconocía el padre Orlandis que los redactores ordinarios de CRISTIANDAD debían en buena parte su formación al pensamiento y espíritu del padre Enrique Ramière, segundo y definitivo fundador del Apostolado de la Oración, y señalaba cómo éste, en una de sus obras fundamentales *La soberanía social de Jesucristo* «no relegaba las esperanzas de la Iglesia para la otra vida, sino que pasó la suya inculcando en los lectores de sus libros la confianza en un triunfo de la Iglesia en este mundo, triunfo del cual las luchas actuales de la Iglesia no le hacían dudar, antes al contrario le aseguraban en su convicción.» Y afirmaba: «Los que forman el núcleo de la redacción de CRISTIANDAD participan de este pensamiento del padre Ramière... y yo mismo,... lejos de serle contrario, compartía su parecer. Antes de haber leído ninguna obra de dicho autor, ya me había formado mi sistema, en lo substancial idéntico al suyo...»

Reafirmaba ésta su esperanza en el magisterio pontificio: «Cuando el inmortal Pío XI publicó sus encíclicas sobre el Reino de Cristo y sobre el Corazón de Jesús, y en la encíclica *Miserentissimus*

Redemptor, como término y consecuencia de una exposición de hechos concienzuda e intencionada, llega a afirmar que en la institución de la fiesta de Cristo Rey ha querido dar un anticipo de «aquel día faustísimo en que el mundo espontáneamente se sujetará al suavísimo imperio de Cristo». Y añade: «Si se tienen en cuenta los bienes que según el mismo Romano Pontífice en sus encíclicas *Ubi arcano Dei* y *Quas primas* afirmaba ser fruto natural de la aceptación por el mundo de la soberanía de Cristo, entre los cuales no era el menor la paz social y la internacional, ¿qué más es lo que esperaba el padre Ramière y el autor de este artículo?»

La teología de la historia

Subraya el padre Orlandis como obvia esta coincidencia sustancial con el pensamiento del padre Ramière de los redactores de *Cristiandad*, iniciados por él en la teología de la historia: «Formados, los que constituyen el núcleo de la Redacción, en Schola Cordis Iesu, y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición «¡Adveniat Regnum tuum!», es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida «El Reinado social de Jesucristo».

«Natural fue que para ello acudieran a las obras del padre Ramière. Éste... hace ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano, y acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha trazado a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y para esto, estudia la historia no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo san Agustín y Bossuet, fue quien primero le dio el nombre adecuado y lleno de significación de teología de la historia.»

«Ahora bien, los miembros de Schola Cordis Iesu se aficionaron a esta ciencia y se esforzaron en adquirirla con ecuaníme seriedad. De aquí tuvo origen una serie de conferencias o lecciones dadas por mí con libertad de espíritu...»

«Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro si no el de formar celadores del Apostolado de la Oración, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del padre Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del padre Ramière y suponía una incompreensión lamentable

de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios.»

Precisión de esta esperanza, purificándola de toda ilusoria imaginación

«En toda esta mi actuación he procurado siempre fomentar en los que me rodeaban aquel sano optimismo cristiano que hemos denominado nuclear... Ante todo era preciso purificar dicha esperanza de toda ilusoria imaginación. Lejos de nosotros las esperanzas claramente heterodoxas condenadas por la Iglesia, de una era paradisíaca, sin pecado original ni concupiscencia.

«Lejos de nosotros fantasear una era de una santidad dulzona, sin cruz ni mortificación. Fuera de nosotros la idea de un cambio en la organización de la Iglesia, ni la de un enriquecimiento esencial de la misma. La Iglesia que posee la sangre de Cristo y el don del Espíritu no puede ser más rica, porque su riqueza es infinita. Mas de estas riquezas de la Iglesia no participan todos los hombres llamados a ser miembros de ella; aun los que de ellas participan, podrían adquirirlas y poseerlas en grado superior a aquél en que las poseen.»

Tras este planteamiento, el padre Orlandis se pregunta: «¿Hasta qué grado puede esperarse que llegará la Iglesia en este su posible perfeccionamiento extensivo e intensivo? ¿Se puede esperar, por ejemplo, que haya en el mundo una época en que no se cometan pecados mortales? Imaginémoslo, para hacernos cargo lo que sucedería, si todo el mundo fuera como se cuenta de las Reducciones del Paraguay, de las que la fama decía que allí no se pecaba mortalmente. Claro es que aquellas gentes podían pecar, pero si la fama era verdadera, la gracia de Dios, la educación y las cautelas les preservaban. Mas esperar esto para el mundo entero es no sólo gratuito, sino, además, según lo que yo entiendo, contrario a los datos de la revelación divina.»

Concluye su artículo el padre Orlandis precisando cuál sea esta esperanza: «Los que tenemos la discutible esperanza de que hablamos, no esperamos (por lo menos puedo asegurarlo de mí) sino aquello de lo cual Pío XI nos dice que es anticipo la institución de la fiesta de Cristo Rey: la aceptación voluntaria por las naciones de la Soberanía Social de Jesucristo, de todas las naciones por lo menos con una totalidad moral.»

Como muestra de pública proclamación de sustancial coincidencia con el pensamiento del padre Ramière, cuatro años después, *CRISTIANDAD* reeditaba su libro *La Soberanía Social de Jesucristo*.

El Corazón de Cristo y la Compañía de Jesús

Un juicio sobresaliente de la provincia de Francia de la Compañía de Jesús sobre el padre Enrique Ramière

*La web de la provincia de Francia de la Compañía de Jesús ofrece, entre sus contenidos, una sección de historia en la que recoge el estrecho lazo que vincula a la misma Compañía de Jesús con la devoción al Sagrado Corazón. El texto se toma de un trabajo del padre Dideberg, S.I., publicado en la revista *Christus*, núm. 139 (se reprodujo de nuevo en el especial dedicado por la misma revista bajo el título *El Corazón de Jesús, un retorno a las fuentes*, núm. 190, de mayo de 2001). El desarrollo merece resaltarse: vincula dicha relación a los mensajes de Paray, citando expresa y literalmente las palabras de santa Margarita-María sobre san Claudio la Colombière. Se*

apoya en las resoluciones de las congregaciones generales de la Compañía de Jesús, en concreto las de 1883, 1915 y 1966, para la aceptación y desarrollo del munus suavissimum. Y termina como comienza, desde santa Margarita-María en cuanto a contenidos de la práctica del culto al Corazón del Redentor. Es sobresaliente, pues, que en este contexto se mencione expresamente tras el acuerdo de la Congregación General de 1883 al padre Enrique Ramière, como «aquel que quizá sea quien mejor ha cumplido esta misión» confiada por el Corazón de Cristo a la Compañía de Jesús (cf. <http://www.jesuites.com/histoire/coeur/compagnie.htm>).

EL 2 de julio de 1688, en la fiesta de la Visitación, el Señor se manifiesta por última vez a Margarita-María: «La Santísima Virgen estaba a un lado, y san Francisco de Sales al otro, con el santo padre La Colombière... Volviéndose hacia el buen padre La Colombière, esta Madre de bondad le dijo: «En cuanto a ti, fiel siervo de mi divino Hijo, tienes gran parte en este precioso tesoro; porque si a las Hijas de la Visitación se les ha dado el conocerlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los padres de tu Compañía demostrar y dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que se aprovechen de él, con el respeto y el agradecimiento debidos a tan gran beneficio.

Y a medida que le proporcionen este contento, el divino Corazón, manantial de bendiciones y gracias, las derramará tan abundantemente sobre las funciones de su ministerio, que producirán frutos que sobrepujen a sus trabajos y esperanzas, aun para la salvación y perfección de cada uno de ellos en particular» (Margarita-María de Alacoque, carta 90 [julio 1688], edic. Gauthier, 1915, t.2, pp.406-407).

Doscientos años más tarde, la Compañía de Jesús, que había conocido los años de la supresión (1773-1814), reconocía oficialmente esta confiada por el Señor en Paray-le-Monial. En 1883, los padres de la XXIII Congregación General aprobaron el decreto 46: «Declaramos que la Compañía de Jesús acepta y recibe con espíritu desbordante de alegría y de gratitud la dulcísima tarea (*munus suavissimum*) que le ha sido confiada por Nuestro

Señor Jesucristo de practicar, promover y propagar la devoción a su divino Corazón».

Un año después de esta declaración oficial, falleció el padre Henri Ramière, aquel que quizá sea quien mejor ha cumplido esta misión, organizando el Apostolado de la Oración; esta «internacional de la intercesión apostólica» como la denomina el actual Superior General.

Unos treinta años después, la XXVI Congregación General (1915) vinculaba, en su decreto 21, la misión de la Compañía de Jesús respecto del Corazón de Jesús al desarrollo del Apostolado de la Oración.

En 1966, la XXXI Congregación General aprobó una especie de puesta al día del «culto del Corazón de Jesús», a la luz del Concilio Vaticano II. El Corazón de Cristo expresa el amor del Verbo encarnado por la Iglesia nacida de la Cruz. En el culto del Corazón de Jesús, se celebra el amor de Dios para nosotros y se ejerce nuestro amor a Dios y al prójimo. Del Corazón de Jesús vendrá la tan esperada renovación por el Concilio. Para adaptar esta devoción, debemos buscar una mejor presentación, dejando de lado lo accidental y salvaguardando sus elementos esenciales.

En 1986, el papa Juan Pablo II confirma a la Compañía de Jesús en la misión recibida del Señor de difundir la devoción a su divino Corazón. Le confirma también en el medio privilegiado que ha elegido para cumplir esta misión; esto es, el Apostolado de la Oración.

Elementos importantes de la devoción al Corazón de Cristo

Recordemos la queja del Señor durante la «Gran Revelación», junio de 1675:

«He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha ahorrado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor; y que no recibe en reconocimiento de la mayor parte sino ingratitude, por los desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdades con que me tratan en este sacramento de amor» (Margarita María de Alacoque, *Autobiographie*, edic. Gauthey, 1915, t. 2, p. 103, núm. 92).

La *redamatio* reparadora (término latino emplea-

do por los Padres [san Agustín, en particular], que viene de *red-amare*, «amar en retorno») que define el culto de Paray-le-Monial se desenvolverá bajo las formas indicadas en las revelaciones recibidas por santa Margarita María. De entre ellas, tres prácticas giran en torno al viernes: la hora santa, cada noche, del jueves al viernes, acompañando la agonía de Jesucristo en Getsemaní; la fiesta anual del Sagrado Corazón, el primer viernes en la octava del Corpus Christi, en reparación por los ultrajes hechos al Salvador en la eucaristía. Por esta última fiesta, extendida por Pío IX a la Iglesia entera en 1856, el culto al Sagrado Corazón se inscribe en la misma liturgia adquiriendo una dimensión universal de la que anteriormente no gozaba.

Enrique Ramière, S.I.: Consagración en esclavitud de amor a santa María, llena de gracia (8 de diciembre de 1854)

El padre José Caballero, S.I., resaltaba (cf. Cristiandad, 1 de diciembre de 1954), y con motivo del centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el sentido montfortiano de la espiritualidad mariana del Apostolado de la Oración. Se apoyaba a este efecto en el estudio habido en 1917 por parte del también jesuita Nazario Pérez en una reunión de directores del Apostolado de la Oración, donde declaraba que «la devoción a la Santísima Virgen recomendada a los socios del Apostolado no es otra que la perfecta consagración propagada por el santo Montfort».

«¡Santa María, la llena de gracia, de cuya plenitud desbordante todos recibimos! ¡Madre de Cristo total, es decir, de aquel que es nuestra cabeza y de cada uno de sus miembros; Medianera universal para el único y sumo Mediador, por la cual Dios vino a los hombres y estos pueden acercarse a Dios!

Suplícoos humildemente que os dignéis admitirme como siervo voluntario, ya que Cristo al morir me encomendó a Vos como hijo. Por mi parte me entrego a Vos con todas mis cosas, para merecer como san Juan recibirlos como Madre.

A Vos, pues, corresponde, oh Señora mía, disponer de mí como de cosa vuestra, y facilitarme las armas de la justicia y virtud de Dios para luchar como soldado de vuestro Hijo, dispensando en mi vida la prosperidad o el fracaso; la honra o la ignominia, según vuestro gusto y el de vuestro Hijo. Lo único que yo anhelo es servirlos, fielmente, procurando hacer todas mis cosas por Vos, en Vos y para Vos.

Y a fin de ser en realidad vuestro fiel siervo, yo, pobrecito a quien mi madre engendró manchado en culpas, mostraos como verdadera Madre mía, engendrándome de nuevo, hasta que, mortificado el hombre viejo, viva en mí tan sólo aquel que Vos engendrásteis para ser nuestra Vida. ¡Así sea!».

Por la canonización del padre Enrique Ramière

Propuesta aprobada por la asamblea anual de Schola Cordis Iesu, el 28 de diciembre de 2002

1º. El padre Ramón Orlandis, inspirador y curador primero de Schola Cordis Iesu, manifiesta certeza teologal acerca de la santidad de vida, de doctrina y de obra del padre Ramière. Lo afirma:

Primero: Al desarrollar la segunda etapa, de las tres con que presenta la progresión de la devoción al Sagrado Corazón, se refiere al P. Ramière, como «el santo padre Ramière, como lo llamaba el padre Gignac», «lleno de celo y de caridad verdadera», «sin duda dirigido y llevado del Espíritu de Dios», provisto de «tal luz y profundidad de doctrina».

Segundo: Implícitamente se obtiene por los temas referidos como cultivados por el mismo padre Ramière, de entre los que destacamos, «el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y divinización; el Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor». De donde se infiere, que como el efecto lo es por su causa, y como ponen de relieve los mismos escritos y obras, el padre Ramière no comunicaba sino lo que previamente vivía: Comunicación íntima e inmensa de caridad con quien es Él mismo la fuente de toda nuestra vida cristiana y nos da plenamente el Espíritu Santo.

Tercero: Quien atienda al entero escrito del padre Orlandis, observará que los hechos posteriores, y más recientes a nosotros mismos han venido a confirmarlo. Así, si habla de santa Margarita y Paray, veremos a S.S. Juan Pablo II en Paray volver sobre la promesa del Sagrado Corazón y con motivo de la canonización de Claudio la Colombière, retomará de cara a la misma Compañía de Jesús la memoria del *munus suavissimum*. Pero de entre los que pueden señalarse, en la misma Compañía, como fiel a dicho encargo se destaca igualmente el padre Ramière. Por otro lado, la misma Iglesia ha reconocido un anhelo de hace años al reconocer como doctora de la Iglesia y copatrona del Apostolado de la Oración a santa Teresita

del Niño Jesús. Digamos, pues, que el padre Orlandis colocaba al padre Ramière entre santas, santidad que el presente pontificado ha proyectado todavía más en su eclesialidad, y que vienen a resaltar lo oportuno de la canonización del padre Enrique Ramière.

2º La revista CRISTIANDAD, en su homenaje al padre Ramière, le reconoce bajo el título y condición de apóstol eminente.

Como apóstol del Corazón de Jesús, apóstol de las esperanzas de la Iglesia, apóstol de la realeza de Cristo, apóstol precursor de las modernas enseñanzas pontificias, «que vio en la devoción hacia el Corazón del Hombre-Dios el medio providencial para vencer el naturalismo y despertar en los cristianos la conciencia de su filiación divina, por la presencia en sus almas del Espíritu de Dios, de aquel vivificante Espíritu que hace de la Iglesia un solo Cuerpo con Cristo, y da a todos los fieles el poder y el deber de realizar por la oración y el sacrificio un apostolado de eficacia infinita; creador de teología de la historia, mostró que el reinado de Cristo es el fin del universo y de la historia; concibió el ideal de la sociedad terrena ordenada bajo la soberanía de Jesucristo».

E inmediatamente lo reconoce como apóstol de la vida sobrenatural y apóstol de la consagración personal, social, eclesial y del mundo al Amor encarnado.

Tal vida apostólica, manifiesta ciertamente asistencia particular del Espíritu Santo, al insertarse plenamente, no en carisma de orden singular al servicio del bien común de la Iglesia universal, sino todavía y más allá, en el mismo Corazón y vida común y universal de la Iglesia.

3º Es justamente lo que se acaba de afirmar donde se muestra de manera más cumplida la santidad de vida, doctrina y obra del padre Ramière. Porque aun siendo verdad que el padre Ramière, por su nombre, no ha sido mencionado nunca en acto magisterial alguno, lo que, no simplemente ha subrayado o resaltado como más o menos importante, sino indicado como nuclear y vital de la misma vida de fe, es-



Instituto Católico de Toulouse, donde el padre Ramière enseñó teología moral y filosofía del derecho.

peranza y caridad cristiana, y como exigencia del Evangelio mismo es la misma devoción al Corazón de carne del Mesías, Rey por naturaleza y a título de adquisición, a quien es debida consagración y reparación, Lábaro en quien hay que colocar todas nuestras esperanzas y cuyas son todas las naciones y pueblos, a cuya Iglesia le han sido entregados todos los medios de salvación y la misión de extenderse por el entero mundo al fin de congregar a todas las ovejas bajo un solo Pastor, como Cuerpo del que Cristo es la Cabeza, y cuya vida, la plenitud del Espíritu Santo, comunica por gracia a cada uno de los fieles en intimidad de vida real con la santa Trinidad.

León XIII señalaba como el acto más importante de su pontificado la consagración del mundo al Sagrado Corazón, que solicitada ya por el padre Ramière ante el beato Pío IX, obtuvo sólo la consagración de la Iglesia, con amplísimo respaldo del episcopado universal, y cuya lectura consecratoria encomendó el mismo beato Pío IX al padre Ramière. san Pío X elevaba a lema el instaurar todo en Cristo, y Benedicto XV trazó los caminos de la paz en Cristo; que, a su vez, recogía en síntesis Pío XI, la paz de Cristo en el Reino de Cristo, y proclamaba la festividad litúrgica de Cristo Rey, vinculada en su expansión eclesial a los trabajos del Apostolado de la Oración, llamando a la par a la exigencia de la reparación. Pío XII, haciéndose eco de la vida de la Iglesia en el amor del Corazón de Cristo, profundizaba los caminos del Espíritu en *Summi Pontificatus*, para penetrar el misterio de la Iglesia en la *Mystici Corporis Christi*, y presentar en todo su esplendor la caridad divina en la *Haurietis aquas*. El padre Sebastian Tromp, S.I., indicaría que de las cuatro obras principa-

les que habían confluído en la doctrina acerca de la Iglesia, dos lo eran del padre Ramière, *El Apostolado de la Oración* y *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*. Doctrina que fue asumida en el Concilio de Juan y Pablo, en la *Lumen gentium*, y que recordaba Pablo VI en la *Ecclesiam suam*, como a su vez ha insistido Juan Pablo II. Y este mismo pontífice ha confirmado lo anterior al mostrarnos en su enseñanza magisterial y en su práctica pastoral que los caminos de la Iglesia lo son de misericordia del buen Dios, que Cristo es el centro del cosmos y de la historia que ha entrado en nuestras vidas por medio de María Virgen para que tengamos vida plena. Y que todo está ordenado a Él.

Ahora, como nos enseña el Evangelio, «por sus frutos los conoceréis». Y tales frutos de vida de fe, de esperanza y de caridad no revelan sino la misma vida de fe, de esperanza y de caridad; de vida santa del padre Ramière bajo la dirección y guía del Espíritu Santo. Y quien tanto ha hecho amar al Corazón de Jesús no era sino quien lo amaba tiernamente y en intimidad de vida y fidelidad a la propia vocación sacerdotal y religiosa en la Compañía de Jesús como hijo fidelísimo de san Ignacio, de la autoridad pontificia y episcopal, y de la Iglesia. Amando a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo, se entregó en dar a los hombres la plenitud de vida que es Cristo-Jesús, invitando al entero Pueblo de Dios a unirse en ofrenda a la misma ofrenda de Jesucristo por la salvación de las almas y el triunfo de la Iglesia: El ofrecimiento de obras ha conformado la vida presente de la Iglesia como consagración personal y social, siendo asumido como síntesis de toda la tarea pas-

toral a la que nos invita el Concilio Vaticano II: la *consecratio mundi*. Él mismo había cultivado la consagración montfortiana en esclavitud a María Santísima, y desde el acto definitorio de la Inmaculada Concepción por el beato Pío IX se propuso afirmar la esperanza del entero Pueblo de Dios en el corazón del Rey-Mesías.

Es conveniente declarar, en conformidad con lo expuesto, que el sentido de esta propuesta, vendría a retomar afirmaciones y convicciones ya sostenidas, entre otros lugares, por los trabajos del Apostolado de la Oración en Francia, que, concluyendo en la obra colectiva dedicada al padre Ramière en 1934, se hacían eco de la santidad del padre Enrique Ramière (*Le père Henri Ramière*, Toulouse). Así, el padre Paul Dudon, en el prólogo a la obra referida, escribe: «Ceux qui le virent tout vivant le retrouveront dans ces pages, nous l'espérons, avec la sympathie qui rayonnent de lui, et sa prodigieuse activité... Dans le ciel, où il repose en Dieu de ses grands labours, le P. Ramière nous pardonnera le retard mis à célébrer sa mémoire... Aussi ce livre, que le *Messenger* dépose humblement comme un tardif hommage de justice sur la tombe du P. Ramière, est-il encore plus un cri de reconnaissance au Coeur de Jésus, qui a digné se donner un apôtre si ardent et si fidèle». Y el P. Parra, por su parte, al final de su esbozo biográfico, «Nous pouvons bien, nous, aux strophes qui précèdent, en ajouter une pour remercier Dieu de nous avoir donné le père Ramière: il est de la race de ces hommes qui donnent nettement l'impression de la présence et de l'action divines» (p. 36).

Schola Cordis Iesu, en su vocación y misión, ha nacido, como de una de sus fuentes, sin

desvincularse de Paray, antes al contrario, y en la universalidad del mensaje de la infancia espiritual de la doctora de la Iglesia, santa Teresita del Niño Jesús, de esta vida santa de fe, esperanza y caridad del padre Ramière. El padre Orlandis, al final de sus *Pensamientos y ocurrencias*, retomaba los trabajos del padre Ramière como indicativos del tipo de labor apostólica que habrían de asumir en Schola quienes a ello se sintieran llamados. Y Francisco Canals Vidal, en el número de *CRISTIANDAD* dedicado a la memoria de tan venerable sacerdote y apóstol, se referiría a nuestro padre Ramón Orlandis, como «Continuador del padre Ramière».



Ramon Orlandis, S.I.

Parece así oportuno y congruente con la vocación y misión de Schola Cordis Iesu, concebida por el padre Orlandis, que como acto de religión, como acto de piedad y de justicia, que Schola Cordis Iesu reconociendo y proclamando íntima y vitalmente la santidad del padre Enrique Ramière, tomándolo como intercesor y amigo fiel y tierno del Corazón de Jesús, haga suya la siguiente propuesta:

La presente asamblea de Schola Cordis Iesu, oída la propuesta que a ella se presenta acerca de la convicción de la santidad de vida de fe, esperanza y de caridad, y de la santidad de doctrina y obras del padre Enrique Ramière, sacerdote y religioso de la Compañía de Jesús, hace suya dicha convicción, y toma el acuerdo de elevar a la Sede Apostólica el que ella se digna proclamar pública y universalmente que el padre Enrique Ramière, insigne apóstol del Corazón de Jesús, de las esperanzas de la Iglesia, de la realeza de Cristo y precursor de las modernas enseñanzas pontificias, goza ya de la visión de Dios con los santos del cielo, para gloria de la Trinidad santa y del divino Corazón y exaltación de la santa fe católica.

El bautismo de Jesús en el Jordán

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

San Juan Bautista, hijo de Zacarías, predica y bautiza «en la región del Jordán», en las tierras bajas al sur de Jericó. Es allí donde se halla situado el conocido vado para atravesar el río, es decir, dentro de los dominios de Herodes Antipas, el tetrarca designado por Roma. Este vado es también mencionado en el Antiguo Testamento (capítulo 3 del libro de Josué), con ocasión del paso de los israelitas hacia la tierra prometida, viniendo desde el desierto de Moab, al este del Jordán. Dios colaboró a esta masiva travesía con una detención prodigiosa de las aguas del río.

Este lugar, aunque está muy claramente localizado, no puede ser visitado actualmente por los peregrinos porque es zona militar; por esto se ha habilitado para la conmemoración del Bautismo otra zona del Jordán, mucho más al norte, pero sabiendo que efectivamente Juan predicaba en la zona desértica cercana al mar Muerto. De todas formas, según aparece en el evangelio de san Juan, no era este el único lugar en el que el Bautista realizaba su misión: «... Jesús marchó con sus discípulos al territorio de Judea, donde moraba con ellos y bautizaba. También Juan bautizaba en Ainón, cerca de Salim, donde el agua era abundante y la gente venía a hacerse bautizar ...» (Jn 3, 22 - 23). Este lugar llamado Salim se encontraba al sur de Galilea, fronterizo con Samaria, y era también dominio de Herodes Antipas.

En la narración del evangelista san Juan queda bastante claro que Jesús fue bautizado en el vado de Jericó (junto a la Betania transjordana, es decir, una población de la Perea, que nada tenía que ver con la Betania de Lázaro y sus hermanas, al lado de Jerusalén). Es curioso que allí se encontrara con otros galileos, con los que inició su misión (Juan, Andrés y Simón Pedro) siendo éste el punto más alejado. Precisamente será al inicio del segundo año de la vida pública de Jesús, en el que el evangelista nos situará al Bautista en Salim, dentro del territorio de Galilea. Pero esto es tal como se narra en los evangelios, y probablemente no hay ninguna inexactitud de lugar o tiempo: los Apóstoles, y el propio Jesús, fueron realmente hasta Jericó para bautizarse, aunque después, un año más tarde, Juan Bautista se fue al norte, probablemente para ser más accesible a los galileos.



¿Qué hacía Jesús entretanto, en Nazaret, antes de ser bautizado por Juan en el vado de Jericó? Pues, sin ninguna duda, trabajar como san José, su padre. Que Jesús ejerció en Nazaret el oficio de su padre durante algún tiempo, se deduce, como ya se ha dicho, de Mc 6,3, cuando se dice de Él: «... ¿no es este el carpintero? ...». San Mateo, en el mismo pasaje, le denomina «el hijo del carpintero». Por esto se cree generalmente que Jesús ayudaba a su padre mientras vivía, y que los últimos años antes de iniciar su misión, faltando su padre, ejerció Él mismo el oficio, con el que podía ganarse el sustento.

María, siempre solícita, cuidaría de que a Jesús no le faltase nada, de la casa y los alimentos, como ya lo había hecho con su santo esposo José. Si, como parece probable, Jesús realizó trabajos fuera de Nazaret, tal vez tuviera que ausentarse en alguna ocasión más de una jornada. Podemos contemplar entonces a la Virgen María, arreglando cuidadosamente la casa para cuando Jesús volviera, mientras oraba y meditaba en su interior. María esperaba el momento de la partida definitiva de su santísimo Hijo, nuestro Redentor.

Y ese día llegó. Jesús tendría algo más de treinta años, y según la antigua Ley, podía ejercer como doctor. Dios tenía previsto desde la eternidad cuándo sería este momento, y quiso que también los requisitos legales fueran cumplidos. Ese día, Jesús se despidió amorosamente de María, a la que volverá a

ver en Caná, y en gran parte de la vida pública, pero que, con su partida, queda sola en Nazaret, sin duda encomendando a Dios Padre la obra que su Hijo iba a comenzar.

Jesús se encaminó hacia el valle del Jordán, y cruzando por el vado de Salim y Enon (véase el mapa), se dirigió a la Perea, donde Juan bautizaba, al otro lado de Jericó:

«... [(Lc 3) Después de que todo el pueblo se hubo bautizado (Mc 1) vino Jesús de Nazaret, de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán] Juan intentaba disuadirlo diciendo: soy yo quien tiene necesidad de ser bautizado por tí y ¿vienes tú a mí? Jesús le respondió: Déjame hacer ahora, porque conviene que cumplamos así toda justicia. Entonces Juan le dejó hacer. Una vez bautizado Jesús salió del agua [(Lc 3) Estando en oración] Súbitamente los cielos se abrieron; y vió al Espíritu de Dios descender como una paloma y venir sobre Él. Y una voz, que venía del cielo, dijo: «Éste es mi Hijo muy amado en quien me complazco» [(Lc 3) Tenía Jesús al comenzar, unos treinta años] ...» (Mt 3, 14-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-33)

¿Por qué Jesús se hizo bautizar por Juan, siendo Él el Cordero Inmaculado? Ciertamente no tenía necesidad de ello, pero de la misma manera que fue prevista por la Providencia la figura del Precursor, y su dilatada misión penitencial, invitando a la conversión a quienes venían al bautismo, también quiso Dios que su santísimo Hijo, cumplimentara con esta acción ejemplarizante, el enlace de su misión con el último gran profeta del Antiguo Testamento. Por esto, cuando al reconocerlo el Bautista, se resistió a bautizar al divino Maestro, Jesús le responde como hemos visto: «... Déjame hacer ahora, porque conviene que cumplamos así toda justicia ...»

Como saben nuestros lectores, el conocimiento de la vida de Jesús se nutre principalmente de los textos evangélicos, cuya fiabilidad hemos comentado en varias ocasiones. Recordemos que la elaboración concordada de estos textos es muy útil para la lectura contemplativa que proponemos. No pretendemos, por tanto realizar una exégesis escriturística. Pero sí conviene aprovechar esta fiabilidad narrativa, para desmentir algunas afirmaciones, hoy por desgracia muy visibles, que llevan frecuentemente a errores cristológicos graves.

Tal es el caso de los que quieren situar en el bautismo de Jesús, el momento en el que nuestro Señor



Lugar del río Jordán, más abajo del lago de Tiberíades, donde se rememora el bautismo de Jesús.

adquiere conciencia de sí mismo como Mesías. También piensan que tendría conciencia de su filiación divina en el momento de oírse la voz: «... Éste es mi Hijo muy amado ...». Pero esto es erróneo y, de hecho, lleva incluso a la negación misma de esta filiación divina. Recordemos que en la narración de san Lucas, cuando Jesús se pierde en el Templo a la edad de doce años, siendo niño se le ve actuar en su obra mesiánica ante los doctores de la Ley. Seguramente debió de ser la primera vez. En este episodio se observa que el niño Jesús se manifiesta conscientemente como Hijo de Dios: «... es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre ...».

Para no caer en el mencionado error cristológico, hay que advertir que Jesús es Dios y hombre desde el momento de su concepción en el seno de María, y desde este momento poseyó la ciencia beatífica. Pero de la misma manera que hemos de admitir que, como niño, debió de aprender de su madre, también en el orden de la conciencia debió de haber un despertar de su naturaleza humana. Este despertar en lo humano, debió a su vez misteriosamente, permitir a Jesús que su divinidad obrara en Él como quien era: la segunda persona de la Santísima Trinidad. Esto que es así, y así puede ser contemplado, nos permite comprender que cuando Jesús va a ser bautizado tiene plena conciencia de ser el Mesías, Hijo de Dios; conciencia, no adquirida, y que tiene por naturaleza.

Después de esto, Jesús se retiró al desierto «... para ser tentado por el diablo ...» (Mt 4, 1).



Pequeñas lecciones de historia

San Ignacio en Montserrat (II): el loco por amor de Dios

GERARDO MANRESA

IGNACIO parece que salió precipitadamente del santuario con la intención de conservar su incógnito. Llevaba cuatro días en el monasterio, y aunque no se había puesto en contacto con otros peregrinos, alguien podía ver en el mendigo de hoy al caballero de ayer y se exponía a preguntas inoportunas. Además, el pobre que la vigilia recibió los vestidos podía descubrir los secretos. Era recomendable salir antes de que empezara a clarear.

A pesar de sus sospechas, Ignacio llegó tarde. Por lo que parece, al mendigo que había recibido la ropa de Ignacio, le faltó tiempo al día siguiente para salir vestido de gala y lucirlo por los alrededores del monasterio. Rápidamente levantó las sospechas del alguacil, encargado de mantener el orden, el cual no se creyó la explicación que el mendigo le dio sobre el donativo que había recibido, pero éste protestó y juró y dio tantas referencias del donante, Ignacio, que el alguacil salió del monasterio y fue a buscarlo. Ignacio caminaba felizmente con su nueva vida y oyó que le llamaban. Ante la evidencia, no tuvo más remedio que confesar la verdad para impedir que el mendigo fuera llevado a la cárcel: Llorando confesaba. *Miserable pecador que soy. Ni una obra buena puedo hacer sin perjudicar a mi prójimo.*

Ignacio, aconsejado por dom Joan Chanon, a quien tomó por padre y maestro espiritual, abandonó por un tiempo su deseo de peregrinar a Tierra Santa, para instruirse adecuadamente en la vida interior y así buscó una residencia próxima para poder estar en contacto con su director espiritual. Ésta fue una cueva en la misma montaña de Montserrat aunque «a un grande trecho del monasterio» y a mayor altura, a la que se accedía de cuatro patas. En ella se dedicó a los ejercicios espirituales y a la práctica de la penitencia. Según explica el padre Araoz, S. I., se alimentaba de pan, hierbas y raíces, tal como siempre había soñado en Loyola. Bajaba todos los domingos a confesar, comulgar y oír misa y algún otro día de la semana para conversar de las cosas espirituales con su confesor y pedir limosna a los peregrinos del monasterio. Mientras esperaba conversaba con otros mendigos de cosas santas y edificaba con su comportamiento humilde. Todos hablaban de él con elogio.

Así pasó una temporada feliz, ignorado de todos, cuando un día, desde dentro de su cueva, oyó sorprendido que lo llamaban. Salió y se encontró en presencia de un alguacil, de un médico y de un criado.

El hermano limosnero, intrigado de ver aquel pedigrío, que a menudo venía a pedir a la puerta del monasterio y a quien todos estimaban, lo examinó cuidadosamente en secreto y reconoció en él al caballero que hacía poco había entregado sus vestidos y su mula. Sos-

pechó que habiéndose vuelto loco, vivía perdido por la montaña. Compadecido, habló con el abad, dom Pere de Burgos, de estos hechos y obtuvo permiso para indagar dónde moraba el mendigo Ignacio. Así fue como un criado siguió a Ignacio en la próxima visita que hizo al monasterio y se llegó a saber la gruta donde moraba. El abad habló con el médico del monasterio, probablemente el humanista Francesc Osset, y envió a éste, al sirvo y al alguacil, junto con el hermano limosnero, para conocer quién era y qué hacía allí esta persona, del que sospechaban que estaba loco.

Ignacio, al sentirse llamado salió de su guarida y escuchó tranquila y modestamente la exposición del hermano limosnero sobre los peligros espirituales y corporales que tenía aquella vida, que era como tentar a Dios, pues la desesperación es siempre una falta de confianza. Ellos le aconsejaban que volviera al monasterio y se determinara a llevar una vida más razonable. Acabada la exposición, Ignacio, con palabras prudentes, respondió a las palabras del hermano con razones y les convenció y les admiró con ellas de forma que, dándoles las gracias, se volvieron al monasterio y hablaron con el abad: *Ciertamente este mendigo es un loco, pero un loco de amor a Cristo.*

La noticia se extendió rápidamente y los monjes entendieron entonces aquellas ofrendas de las armas, la cabalgadura y los vestidos y veneraron a aquel caballero que por amor a Cristo dejaba el mundo y abrazaba aquellas asperezas. Esta estima se tradujo en demostraciones externas, que se manifestaron la primera vez que Ignacio volvió a bajar al santuario para confesarse y asistir a misa. También los peregrinos conocieron la noticia y se interesaron vivamente por aquel caballero y le preguntaban de dónde venía y por su familia, a lo que Ignacio contestaba: *Prefiero ir al cielo con un ojo que al infierno con los dos.*

Piamente indiscretos, los monjes precipitaron la salida de Montserrat de Ignacio. Le visitaban en su cueva y en el monasterio le tributaban muestras de cortesía y de admiración que la modestia del santo no podía tolerar. Poco tiempo después de ser descubierto, Ignacio abandonó Montserrat y se fue a Manresa. Aunque el padre Araoz habla de que san Ignacio estuvo *una temporada* viviendo en la montaña, puede deducirse de todo esto que como mínimo estuvo un mes, es decir, que la Semana Santa de aquel año, 1522, el santo la pasó junto a la Virgen Bruna.

Después, desde Manresa, Ignacio volvió a menudo a Montserrat, principalmente a honrar a su Dama y también a continuar visitando a su director espiritual, dom Joan Chanon.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Santa Teresita en el Reino Unido

LAS reliquias de santa Teresa de Lisieux han visitado por primera vez el Reino Unido. Tras cruzar el canal de la Mancha el pasado 15 de septiembre, las reliquias fueron recibidas por miles de peregrinos en Portsmouth, presididos por monseñor Crispian Hollis que celebró una misa de bienvenida en la catedral de San Juan de dicha ciudad.

Desde allí y durante un mes, santa Teresita ha recorrido Inglaterra y Gales llevando a esas tierras el mensaje del Amor misericordioso del Corazón de Jesús. «Ha sido extraordinario –dijo el obispo Hollis–. Esperábamos que sería muy especial, pero se está convirtiendo en algo que va mucho más allá de nuestras expectativas en términos de número y de devoción verdadera».

Durante su estancia las reliquias han visitado catedrales, parroquias, conventos (carmelos de Preston, Darlington, Kirk Edge, Notting Hill), universidades (Manchester University Catholic Chaplaincy), prisiones (Wormwood Scrubs en Londres) y hospicios en Portsmouth, Plymouth, Taunton, Birmingham, Coleshill, Cardiff, Filton, Liverpool, Salford, Manchester, Lancaster, Newcastle, York Minster, Middlesbrough, Leeds, Sheffield, Nottingham, Walsingham, Oxford, Gerrards Cross, Aylesford, Kensington y Londres y a ellas se han acercado más de 190.000 peregrinos. El ejemplo de fe y amor de esta doctora de la Iglesia ha sido propuesto por el episcopado inglés como camino para que los pecadores se acerquen a la misericordia de Dios, las almas tibias se hagan más fervorosas y las fervorosas se eleven rápidamente a la más alta perfección, destacando de la santa de Lisieux como modelo para todo cristiano su deseo de ser santa, la importancia de la oración, la concepción de la vida familiar como una escuela de caridad importante para hallar la vocación y su experiencia de ardor misionero.

Sínodo de los obispos para África

EL Santo Padre Benedicto XVI, tras convocar la II Asamblea Especial para África del Sínodo de los obispos bajo el lema «La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, de la justicia y de la paz. “Vosotros sois la sal de la tierra ... Vosotros sois la luz del mundo”», inauguró el pasa-

do domingo 4 de octubre los trabajos de la Asamblea insistiendo en la importancia del patrimonio espiritual africano para la Iglesia y para el mundo: «África es depositaria de un tesoro inestimable para el mundo entero: su profundo sentido de Dios». Durante la homilía pronunciada en la Eucaristía inaugural en la basílica de San Pedro, concelebrada por los 239 padres sinodales y los 55 sacerdotes colaboradores, el Papa presentó el África como un inmenso «pulmón espiritual» para «una humanidad que perece en crisis de fe y esperanza». A partir de ahora los padres sinodales se reunirán a diario hasta el 25 de octubre para tratar de emprender, con nuevo celo, la obra de evangelización y de promoción humana en el gran continente.

Cinco nuevos santos en los altares

ANTE miles de peregrinos reunidos en la basílica y plaza de San Pedro del Vaticano, Benedicto XVI canonizó el pasado 11 de octubre a tres sacerdotes (el padre Damiaan de Veuster (1840-1889), el obispo polaco Zygmunt Szczesny Felinski (1822-1895) y el padre Francisco Coll (1812-1875)) y dos religiosos (la hermana Juana Jugan [1792-1879] y el hermano Rafael [1911-1938]). Durante la homilía de la misa, el Papa se refirió a cada uno de los nuevos santos.

«Zygmunt Szczesny Felinski, arzobispo de Varsovia, fundador de la congregación de las Franciscanas de la Familia de María, ha sido un gran testigo de la fe y de la caridad pastoral en tiempos muy difíciles para la nación y para la Iglesia en Polonia. Se preocupó con celo por el crecimiento espiritual de los fieles, ayudando a los pobres y a los huérfanos. En la Academia Eclesiástica de San Petersburgo, cuidó una sólida formación de los sacerdotes. Como arzobispo de Varsovia impulsó a todos hacia una renovación interior. Antes de la insurrección de enero de 1863 contra la anexión rusa, puso en guardia al pueblo sobre el inútil derramamiento de sangre. Pero cuando estalló la revuelta y empezaron las represiones, defendió valientemente a los oprimidos. Por orden del zar ruso pasó veinte años de exilio en Jaroslaw, en el Volga, sin poder regresar jamás a su diócesis. En cada situación conservó firmemente la confianza en la divina Providencia, y rezaba así: “Oh, Dios, protégenos no de

las tribulaciones y de las preocupaciones de este mundo... sólo multiplica el amor en nuestros corazones y haz que con la más profunda humildad mantengamos la infinita confianza en tu ayuda y en tu misericordia”. Hoy su entrega a Dios y a los hombres, llena de confianza y de amor, se convierte en un fúlgido ejemplo para toda la Iglesia.»

«San Francisco Coll se dedicó con ahínco a propagar el conocimiento del infinito amor de Dios, cumpliendo así fielmente su vocación en la Orden de Predicadores, en la que profesó. Su pasión fue predicar, en gran parte, de manera itinerante y siguiendo la forma de “misiones populares”, con el fin de anunciar y reavivar por pueblos y ciudades de Cataluña la Palabra de Dios, ayudando así a las gentes al encuentro profundo con Él. Un encuentro que lleva a la conversión del corazón, a recibir con gozo la gracia divina y a mantener un diálogo constante con nuestro Señor mediante la oración. Por eso, su actividad evangelizadora incluía una gran entrega al sacramento de la Reconciliación, un énfasis destacado en la Eucaristía y una insistencia constante en la oración. Francisco Coll llegaba al corazón de los demás porque transmitía lo que él mismo vivía con pasión en su interior, lo que ardía en su corazón: el amor de Cristo, su entrega a Él. Para que la semilla de la Palabra de Dios encontrara buena tierra, Francisco fundó la congregación de las Hermanas Dominicas de la Anunciata, con el fin de dar una educación integral a niños y jóvenes, de modo que pudieran ir descubriendo la riqueza insondable que es Cristo, ese amigo fiel que nunca nos abandona ni se cansa de estar a nuestro lado, animando nuestra esperanza con su Palabra de vida.»

«Josef de Veuster, que recibió el nombre de Damiaan en la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María, cuando tenía veintitrés años, en 1863, abandonó su país natal, Flandes, para anunciar el Evangelio en otra parte del mundo, en las islas Hawai. Su actividad misionera, que le proporcionó tanta alegría, alcanza su cumbre en la caridad. No sin miedo y repugnancia, eligió ir a la isla de Molokai para ponerse al servicio de los leprosos que allí se encontraban, abandonados por todos; y de esta forma se expuso a la enfermedad que ellos sufrían. Con los leprosos se sintió como en su casa. El servidor de la Palabra se convirtió así en un servidor que sufrió, leproso con los leprosos, durante los últimos cuatro años de su vida. Para seguir a Cristo, el padre Damiaan no sólo abandonó su patria, sino que también puso en riesgo su salud: por eso él recibió la vida eterna».

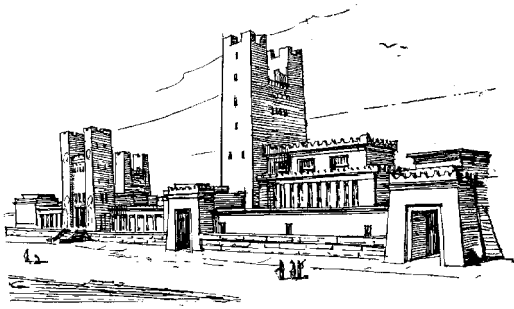
«A la figura del joven que presenta a Jesús sus deseos de ser algo más que un buen cumplidor de los deberes que impone la ley hace de contraluz el hermano Rafael, fallecido a los veintisiete años como

oblato en la Trapa de San Isidro de Dueñas. (...) Él dijo sí a la propuesta de seguir a Jesús, de manera inmediata y decidida, sin límites ni condiciones. De este modo, inició un camino que, desde aquel momento en que se dio cuenta en el monasterio de que «no sabía rezar», le llevó en pocos años a las cumbres de la vida espiritual. El hermano Rafael, aún cercano a nosotros, nos sigue ofreciendo con su ejemplo y sus obras un recorrido atractivo, especialmente para los jóvenes que no se conforman con poco, sino que aspiran a la plena verdad, a la más indecible alegría, que se alcanzan por el amor de Dios. «Vida de amor... He aquí la única razón de vivir», dice el nuevo santo. E insiste: «Del amor de Dios sale todo».

«Por su obra admirable al servicio de las personas ancianas más necesitadas, santa Marie de la Croix es también un faro para guiar a nuestras sociedades, que deben redescubrir el lugar y la aportación única de este periodo de la vida. Nacida en 1792 en Cancale, en Bretaña, Jeanne Jugan se preocupó de la dignidad de sus hermanos y hermanas en la humanidad, a los que la edad había hecho vulnerables, reconociendo en ellos a Cristo mismo. «Mirad al pobre con compasión, decía, y Jesús os mirará con bondad en vuestro último día». Esta mirada de compasión hacia las personas ancianas, que nacía de su profunda comunión con Dios, Jeanne Jugan la comunicaba mediante su servicio alegre y desinteresado, que llevaba a cabo con dulzura y humildad de corazón, deseando ser ella misma pobre entre los pobres (...) Su impulso evangélico sigue presente hoy en el mundo en la congregación de las Hermanitas de los Pobres, que ella fundó y que da testimonio a su vez de la misericordia de Dios y del amor compasivo del Corazón de Jesús por los pequeños. Que santa Jeanne Jugan sea para las personas ancianas una fuente viva de esperanza y para las personas que generosamente se ponen a su servicio, un estímulo potente para proseguir y desarrollar su obra.

Misas en las cárceles cubanas

SEGÚN ha informado *La Vanguardia* (19.9.2009), el gobierno de Raúl Castro ha decidido autorizar a partir del mes de septiembre la celebración de misas dentro de las prisiones de la isla cubana. El ejecutivo ya había dado luz verde a dichas celebraciones en las pasadas festividades de Semana Santa y Navidad por primera vez desde el triunfo de la Revolución pero la nueva medida promulgada por el gobierno desarrolla aún más el proceso de apertura religiosa impulsado por el papa Juan Pablo II en su visita apostólica del año 1998.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

India, uno de los grandes receptores de ayuda al desarrollo, gasta 24.000 millones de euros en rearmarse

EL país asiático destina gran parte de sus recursos para invertir en submarinos nucleares, portaviones y aviones de combate; la pobreza queda en manos de la ayuda internacional, en una demostración más de las contradicciones en que vive sumido el supuesto orden internacional.

En efecto, la India es un país que recibe numerosas ayudas al desarrollo y numerosas organizaciones operan en su territorio, ayudando a dar cobertura social a partes de la población que viven bajo el umbral de la pobreza. ¿Por qué entonces el Gobierno indio se va a gastar 24.383 millones de dólares en rearme nuclear?

Mientras que la India ha sido y es uno de los países receptores de mayores sumas en ayuda al desarrollo, lo cierto es que gracias a estas ayudas, en su mayor parte, está actuando como una superpotencia militar. El pasado 26 de julio el Gobierno indio botó el primer submarino nuclear indio con tecnología autóctona —aunque han intervenido ingenieros rusos—. Es el primero de entre tres y cinco submarinos nucleares que culmina tres décadas de un programa que le ha costado tres mil millones de dólares en total al Gobierno.

Además, al término de este año India contará con su primer submarino nuclear activo —modelo Akula II— pendiente de que el autóctono esté operativo. Se trata de un alquiler por diez años que ha contratado con Rusia y que ha sido rebautizado como Chakra.

En esta línea, la India ha aumentado un 34% su presupuesto militar hasta situarlo por encima de los veinte mil millones de euros tras el ataque terrorista procedente de Pakistán por el mar y que se cobró en noviembre la vida de 174 personas en Bombay.

La India también invertirá en 126 aviones de combate por un valor de diez mil millones de dólares y ha adquirido un portaaviones ruso de segunda mano cuyo coste se eleva a 1.333 millones de euros y seis submarinos diésel Scorpene cuya fabricación —en consorcio franco-español— ascenderá a 2.750 millones de euros.

Nueva Delhi quiere invertir 7.300 millones de

euros más en los próximos diez años en su armada para incrementar su poder naval: de esta forma tendría veinticuatro submarinos operativos nuevos en los próximos años y defendería su posición estratégica en un océano Índico por el que circulan la mayor parte de las mercancías del mundo.

En definitiva, un esfuerzo armamentístico imponente que no sería posible sin la subvención indirecta de la ayuda al desarrollo y a la lucha contra la pobreza que los países occidentales enviamos en medio de los aplausos entusiastas de nuestros pacifistas. Paradojas de las relaciones internacionales.

Más retiradas: los Estados Unidos abandonan su proyecto de escudo antimisiles

UNO de los proyectos más significativos impulsados por la Administración Bush fue el escudo antimisiles que debía desplegarse mediante un sofisticado sistema de radares en la República Checa y una serie de misiles interceptores desplegados en Polonia. El escudo se justificaba por la posibilidad de que misiles iraníes pudieran alcanzar objetivos europeos, pero también significaba una protección frente a cualquier veleidad agresiva proveniente de Rusia, que en todo momento mostró su oposición al proyecto. Ahora, en la nueva era diplomática inaugurada por el presidente Obama, se acaba de anunciar que el proyecto de escudo antimisiles es abandonado.

Las reacciones no se han hecho esperar: tanto la República Checa como Polonia han expresado su malestar y decepción ante una decisión de su aliado Estados Unidos que las deja indefensas y en primera línea de fuego. Por el contrario, Rusia se ha congratulado de que, de manera implícita, Obama acepte que existe una esfera de influencia rusa en la que Estados Unidos no debería intervenir, una especie de «marcas» con una libertad limitada respecto del recuperado gigante ruso. Las repúblicas bálticas, independientes e integradas en la OTAN, contemplan con preocupación la nueva estrategia norteamericana que podría poner en peligro su libertad real: mientras no se cansan de alertar del peligro expansionista de la nueva Rusia de Putin,

el secretario general de la OTAN, Rasmussen, no cesa de repetir que para la OTAN «una alianza estratégica con Rusia es prioritaria». Por su parte, las candidaturas de Ucrania y Georgia a la integración en la OTAN salen muy debilitadas y probablemente queden congeladas, al menos a corto y medio plazo.

En el gran tablero de la política internacional, la administración Obama ha optado por centrarse en el avispero afgano y en la amenaza iraní, y para salir airoso cree que necesita de la ayuda rusa. Con el fin de congraciarse con Rusia ha decidido, en consecuencia, ceder a las aspiraciones rusas de recrear una zona de influencia a su alrededor. Pero este gesto, que en cierto modo traiciona a sus aliados, pequeñas naciones a las que se puede sacrificar en el susodicho gran tablero, no asegura la colaboración de una Rusia que, hasta el momento, no ha apoyado los intentos de aumentar la presión sobre un Irán en plena carrera atómica (es más, Rusia vende a Irán numerosos misiles tierra-aire defensivos; no olvidemos que Rusia exporta, además de recursos naturales, gas y petróleo principalmente, armamento a todo el mundo). De hecho algunos analistas afirman que el abandono del escudo antimisiles no es consistente con el discurso que afirma que Irán es una grave amenaza y que lo que es seguro es que Putin ha aprendido algo: que la determinación y la intransigencia funcionan con una débil administración Obama que finalmente cede.

Lo que hace casi dos décadas se vislumbraba

como un nuevo orden mundial, una especie de mesianismo democrático liberal expuesto en forma divulgativa por Francis Fukuyama en su teoría del fin de la Historia, ha acabado finalmente en un mundo multipolar caótico, con numerosas potencias regionales, agresivas y armadas hasta los dientes, y que no reconocen ningún tipo de autoridad ni límite a sus acciones. Los intentos de implantar una autoridad mundial de base secular no es que hayan fracasado, es que ni tan siquiera han dado sus primeros pasos pues nadie cree en ellos. Este escenario se completa con la aparición de agentes no estatales, como la red terrorista islámica Al Qaeda, o la reaparición de la piratería en aguas del Índico, que añaden nuevas distorsiones a este caótico panorama.

En este contexto, los Estados Unidos de Obama parecen mostrar claros síntomas de agotamiento (aunque no hay que minusvalorar nunca la capacidad de reacción norteamericana), pasando de una política proactiva con George W. Bush a una serie de retiradas estratégicas con Obama, que no pueden ocultar sus utópicos discursos llamando a la paz mundial. Por si acaso, quien se ha apresurado a mover ficha es Israel, que ya no confía como antes en Estados Unidos y ha decidido establecer nuevos lazos con Rusia, a quien por primera vez le está vendiendo aviones pilotados por control remoto; una venta que no se resuelve sólo con dinero, sino en la que Israel negociaría una limitación del armamento que Rusia vende a sus enemigos Irán y Siria.

En el Corazón de Jesús se expresa el núcleo esencial del cristianismo

Queridos hermanos y hermanas, detengámonos a contemplar juntos el Corazón traspasado del Crucificado. En la lectura breve, tomada de la carta de san Pablo a los Efesios, acabamos de escuchar una vez más que «Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo (...) y con Él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús» (Ef 2, 4-6). Estar en Cristo Jesús significa ya sentarse en los cielos. En el Corazón de Jesús se expresa el núcleo esencial del cristianismo; en Cristo se nos revela y entrega toda la novedad revolucionaria del Evangelio: el Amor que nos salva y nos hace vivir ya en la eternidad de Dios. El evangelista san Juan escribe: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). Su Corazón divino llama entonces a nuestro corazón; nos invita a salir de nosotros mismos y a abandonar nuestras seguridades humanas para fiarnos de Él y, siguiendo su ejemplo, a hacer de nosotros mismos un don de amor sin reservas.

Homilía de Benedicto XVI al inaugurar el Año Sacerdotal (19 de junio de 2009)

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

BENEDICTO XVI

María, madre del sí. Pensamientos marianos

Madrid, Ciudad Nueva, 2009

A san Bernardo se le atribuye la frase «De Maria nunquam satis». Aunque parece que el santo Doctor nunca la pronunció refleja bien su pensamiento. El cardenal Ratzinger, ya hace años recordaba en una entrevista que le hizo Vittorio Messori que de joven aquella afirmación le había parecido exagerada pero que, en este tiempo, se daba cuenta de que era una verdad plenamente válida.

La Virgen es un tesoro de Dios y por lo tanto inagotable. En ella la gracia se ha derramado de una manera sobreabundante y nosotros tenemos la suerte de poder contemplar ese misterio de amor divino. El libro que acaba de publicar Ciudad Nueva muestra la inagotabilidad de María. Ciertamente el Papa recoge la rica tradición de la Iglesia que, en sus teólogos y maestros de espiritualidad, en su magisterio y en las devociones, ha tributado un continuado homenaje a la Madre de Dios, pero no se limita a repetir.

Notamos en los textos de Benedicto XVI, recogidos con paciencia de entre sus múltiples escritos y alocuciones, que la Virgen María ha ocupado muchas veces su pensamiento. El Papa se ha acercado

a ella siempre de una manera nueva, como quien acude a una fuente a beber y cada vez sacia su sed con un agua distinta, aunque se trata de la misma fuente.

También se percibe en el libro la preocupación de Benedicto XVI por el hombre actual. La Virgen se nos presenta como un espejo de santidad, pero también como el modelo en el que aprendemos, por ejemplo, que depender de Dios no anula nuestra libertad, sino que la llena de sentido, o que María es grande precisamente porque deja que el Señor se manifieste totalmente en la «pequeñez de su esclava».

Estos pensamientos marianos de Benedicto XVI combinan la fe sencilla de quien encuentra en María a la Madre de Jesús que también es nuestra Madre, con la profundidad del teólogo que ve en ella la luz que disipa tantas tinieblas y nos ayuda a comprender mejor el misterio de Dios. Los editores han distribuido los textos en treinta capítulos, y han añadido un índice temático que da cuenta de cómo, para el Papa, la Virgen ayuda a comprender todas las realidades humanas. Ella está siempre en nuestro camino, para acercarnos a Jesús y enseñarnos a amar como Él. Este libro es un bello recordatorio de su presencia maternal.



TOTÀ PVI CHRA ES, MARIA



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Herodes hace matanzas donde no llega la cruz

En estos tiempos en los que se ha desatado la propaganda anticristiana, no está de más recordar el verdadero rostro del paganismo, muy alejado de la vulgata políticamente correcta que nos meten hasta en la sopa. Quizás descubramos, como señala Francesco Agnoli en su artículo publicado en Il Foglio, que el aborto, cada vez más extendido, va de la mano del abandono o de la no penetración de la fe cristiana:

El libro de Harry Wu *Matanza de inocentes. La política del hijo único en China* demuestra cómo hoy, en el siglo XXI, en dicho país miles y miles de niños son asesinados en el vientre materno, en cualquier momento de la gestación, o son ahogados, estrangulados, dejados morir de frío, una vez nacidos. Cosas semejantes ocurren también en India.

Pues bien, quien ama la historia sabe que lo que sucede hoy en estos dos enormes países, que juntos constituyen casi un tercio de la población mundial, ha ocurrido siempre, en el pasado, incluso en la vieja Europa o en el Nuevo Mundo. Hasta la llegada del cristianismo.

De hecho una de las ideas que más se repiten en los escritos de los primeros cristianos es el deseo de reafirmar frecuentemente un concepto: nosotros, cristianos, somos diferentes a los paganos, también porque no asesinamos a nuestros hijos, ni en el vientre de nuestras mujeres, ni fuera de él.

Minucio Felice, un apologeta del siglo II, en su *Octavio*, en el capítulo XXX, párrafo 2, comparando la enseñanza de Cristo con lo que enseñaban los paganos, escribe: «Vo-

sotros abandonáis vuestros hijos apenas nacidos a las fieras y a los pájaros, o estrangulándolos los eliminan con una muerte mísera; hay algunas que tragando unos medicamentos sofocan aún en las propias entrañas el germen destinado a hacerse criatura humana y cometen un infanticidio antes de haber parido. Y esto lo aprendéis de vuestros dioses, de hecho Saturno no abandonó a sus propios hijos, sino que los devoró».

A su vez, el gran Tertuliano, en su *Apologético*, cap. IX, afirma: «A nosotros, cristianos, el homicidio está expresamente prohibido, y por lo tanto no nos está permitido ni siquiera suprimir el feto en el útero materno. Impedir el nacimiento es un homicidio anticipado. No importa nada que se suprima una vida ya nacida o que se le trunque al nacer: ya es ser humano el que está por nacer. Cada fruto ya existe en su semilla».

Otro documento muy importante del cristianismo del siglo II, proveniente de Asia Menor, la *Carta a Diogneto*, reafirma los mismos ideales en este modo muy sintético: «los cristianos se casan como todos y generan hijos, pero no abandonan a los neonatos».

Precisamente sobre este tema del infanticidio el historiador A. Baudrillart escribió: «Quizá no hay materia en la que la oposición sea más acentuada entre la sociedad antigua y pagana y la sociedad cristiana y moderna, que en sus respectivos modos de considerar al niño».

En efecto, si miramos al mundo antiguo, notamos que el aborto y el infanticidio están muy difundidos. «Séneca—recuerda el sociólogo americano Rodney Stark, en *Ascensión y afirmación del cristianismo*—consideraba el ahogamiento de niños al nacer un hecho ordinario y razonable. Tácito acusaba a los judíos a

los cuales «está prohibido eliminar uno de los hijos después del primogénito», lo que consideraba otra de sus usanzas «siniestras y repugnantes». Era común abandonar un hijo no deseado en un lugar en el cual, en principio, quien quería criarlo podría haberlo recogido, si bien frecuentemente era dejado a merced de la intemperie y de animales y pájaros».

Los niños, en Roma como en Grecia, son, pues, tranquilamente asesinados, o vendidos, o abandonados o dejados morir de hambre y de frío, cuando no hay alguno que los salve, con frecuencia para hacerlos esclavos. Sabemos por hallazgos, en los desagües romanos, de amasijos de huesos pertenecientes a neonatos, abandonados y luego arrojados como residuos e inmundicias.

Las niñas son más frecuentemente víctimas de infanticidio, como en la China y en la India de hoy, y no es raro que el aborto comporte, además de la muerte del feto, también la muerte o la esterilidad de la madre.

El rechazo de los primeros cristianos al recurso al aborto y al infanticidio, ligado, pues, a una alta fecundidad en ellos, no es solamente una gran conquista de la humanidad, sino también uno de los elementos que permiten a los primeros cristianos, junto con las conversiones, crecer hasta superar en número a los paganos.

Pero el infanticidio no es practicado solamente en Roma, como lo testimonia también la leyenda de Rómulo y Remo, o en Grecia, sino en todo el mundo antiguo.

El célebre especialista en bioética y animalista Peter Singer, sostiene con fuerza la idea de que esa costumbre antigua se debe redescubrir también hoy, junto al aborto legal. De hecho, si es que es

verdad que sólo los cristianos la rechazaron con fuerza – argumenta Singer –, ¿por qué debemos creer que ellos hayan sido los únicos que tienen razón, mientras todos los otros pueblos y religiones del pasado, estarían equivocados?

«El asesinato de los neonatos no deseados – escribe Singer en su libro *Repensar la vida*– ha sido la praxis normal en muchísimas sociedades, en todo el curso de la prehistoria y de la historia. La encontramos por ejemplo en la antigua Grecia, donde los niños discapacitados eran abandonados en las pendientes de las montañas. La encontramos en tribus nómadas, como la de Kung del desierto de Kalahari, donde las mujeres asesinan a niños nacidos cuando hay un hijo mayor que todavía no está en edad de caminar. El infanticidio era praxis corriente también en las islas de la Polinesia como Tikopia, donde el equilibrio entre recursos alimenticios y población era mantenido asfixiando después del nacimiento a los niños no deseados. En Japón, antes de la occidentalización, el *mabiki* –palabra nacida de la práctica de arrancar algunos ramos a las plantitas de arroz para permitir florecer a todas las ramos restantes, pero que terminó por indicar también el infanticidio– era ampliamente practicado no sólo por los campesinos, que contaban con modestos pedazos de terreno, sino también por los que gozaban de buena situación».

Con la difusión del cristianismo en buena parte del mundo, aborto e infanticidio se convierten en fenómenos mucho más raros y circunscritos, mientras las legislaciones, a partir de Constantino, intervienen en la tutela de los infantes y se desarrollan obras de caridad y de asistencia para los niños abandonados y para las familias en dificultad. Hasta el regreso del aborto en las legislaciones comunistas y nazis, en el siglo xx, y del infanticidio, con la nueva ley sobre la eutanasia de niños hasta los doce años en Holanda.

* * *

Si regresamos ahora con la mente a los dos grandes países en los que el aborto, también forzado, y el infanticidio son fenómenos de masa, es fácil, después de este breve excursus, entender el porqué de todo ello: China e India están entre los países en los cuales el Evangelio de Cristo ha penetrado menos, y con ello también la cultura occidental, portadora, conscientemente o no, de este mensaje o al menos de una parte del mismo.

Cuando los primeros misioneros jesuitas llegaron a China, se quedaron más bien admirados de esta gran civilización. Pero lo que impactó negativamente al gran Matteo Ricci, cuando en 1583 pisó el Celeste Imperio, fue la prostitución campanante, la gran corrupción, el frenesí por el dinero, y sobre todo, la difusión de la práctica del infanticidio. El régimen comunista, capaz de planificar millones de abortos forzados, esterilizaciones masivas, asesinatos en serie de neonatos, tiene un largo camino que recorrer, pero el respeto de los niños en aquel país –que en otros aspectos es admirable– está del todo ausente.

Como escribirá J. J. Matignon a inicios del siglo xx en *Superstition, crime e misère en Chine*, los chinos frecuentemente ven a sus hijas como prostitutas, o las asesinan, por la pobreza, pero también a causa de sus supersticiones mágicas, de su obsesivo culto de los antepasados: «Como siempre en China la superstición juega un rol clave: de hecho los ojos, la nariz, la lengua, la boca, el cerebro de los niños son considerados materia orgánica dotada de una gran virtud terapéutica. Sucede que después del parto, la puerpera cae enferma, y entonces, para congraciarse a los espíritus, las niñas o en ciertos casos los niños son eliminados. Existen unas mujeres que tienen la tarea específica de causar la muerte a los neonatos... Los neonatos son eliminados o tirándolos en una esquina de la habitación o en una caja de desechos; donde el polvo y las inmundicias no tardarán en obstruirles las vías respiratorias». Otras veces los niños son ahogados o asfixiados con unos al-

mohadones, si bien la influencia de los europeos, concluye Matignon, parece tener algún efecto limitante en relación a estas costumbres.

Casi en los mismos años de Matignon, dos misioneros cuentan sobre China las mismas cosas. El primero es un jesuita, san Alberto Crescitelli, luego decapitado y eviscerado, a los 37 años, el 21 de julio de 1900, durante la revolución de los *boxers*. El segundo es un misionero verbita de la Val Badia, en el Trentino Alto Adige, san Giovanni Freinademetz. Llegado al país que amará por toda su vida, hasta morir allí de tifus, escribe a sus seres queridos, en varias ocasiones, que los chinos tienen la «costumbre de abandonar el propio hijo o simplemente intercambiarlo o venderlo... Uno de nuestros mejores cristianos, antes de su conversión, había matado a su hija arrojándola contra piedras simplemente porque lloraba demasiado» (Sepp Hollweck, *Il cinese dal Tirolo*, «El chino del Tirol», Athesia, 2003).

En otra carta escrita desde Hong Kong el 28 de abril de 1879, Freinademetz cuenta cómo las monjas católicas construyeron dos orfanatos, en los que recogían más de mil niños al año. Los chinos «los regalan por nada o por algunos céntimos, y no les importa nada más».

Los misioneros – escribe desde Puoli el 2 de julio de 1882– dan vueltas por las calles para recogerlos, encuentran miles de ellos agonizantes y se limitan a bautizarlos, mientras que a los que pueden salvarlos los salvan: «Muchas almas fueron ya bautizadas y salvadas después de que llegamos aquí, muchos niños de paganos bautizados que luego murieron y ayer hemos hecho una sepultura solemne con una niña de más de un año que se murió. Su propia madre quería estrangularla para poder dar de mamar al bebé de otro y así ganar dinero, luego escuchó que nosotros aceptamos todo tipo de niños y que los criamos bien; entonces nos la trajo con más de dos meses, se enfermó y murió después de haber sido confirmada por nosotros media hora antes de morir. Queríamos sepultarla con toda pompa

para demostrar a los paganos cómo honramos a sus propias criaturas que ellos mismos abandonan. Los paganos aquí no usan ataúdes para estos niñitos, sino que apenas mueren hacen un hueco y lo tiran dentro. Nosotros le hicimos a esa niña un hermoso cofre pintado de rojo, la vestimos con un bello vestido azul, la llevamos a la iglesia todos los misioneros, acompañados de los cristianos, que no habían visto nunca algo así. Muchos paganos vinieron a verlo...» (G. Freinademetz, *Lettere di un santo*, «Cartas de un santo», Impresa).

* * *

Como en China, donde el infanticidio es incluso un asunto del Estado, en la India ocurre algo análogo. También en el gran país dominado por la religión hinduista el asesinato, sobre todo de niñas, está ampliamente difundido, no sólo por motivos económicos. La Agencia misionera «Asia News» informaba recientemente de esta noticia: en muchas poblaciones tribales las niñas son consideradas sólo un peso y la mentalidad social admite tanto el feticidio como el infanticidio de ellas. En el 2006 en una pequeña aldea del distrito de Ranga Reddy, a 80 kilómetros de Hyderabad, once bebés recién nacidas fueron dejadas morir de hambre por los padres. Muchos tribales suelen envolver a la niña no deseada dentro de trapos y dejarla morir. Según la prensa local, Jarpula Peerya Nayak, padre de 27 años, ha dicho que «mi esposa por tercera vez ha tenido una niña. Una hija es un peso y hemos decidido no darle de comer. Así murió. Es demasiado difícil criar una niña y encontrarle esposo». El 25 de febrero también su primo J. Ravi y su esposa dejaron morir de hambre a su hija recién nacida. «Mi hija –cuenta Ravi– murió dos días después del nacimiento, porque no la alimentamos. Tenemos dos hijas, no podemos permitirnos tener otra». Un tribal explica que como dote de la hija deberá dar «un scooter, hasta 70 gramos de

oro y cincuenta mil rupias, para tener un buen marido». Después de la muerte, los tribales cavan una fosa y entierran a la recién nacida con una piedra encima. Los perros excavaron la fosa y se comieron parte del cuerpo de la hija de Ravi, así que la enterraron de nuevo. La mayor parte de las cuarenta familias de la aldea han participado de episodios similares o los han cometido, después de que han tenido dos o más hijas. Jarpula Lokya Nayak mató de hambre a dos hijas».

También en India el compromiso de los misioneros y de la minoría cristiana está dedicado, aparte de tratar de abatir el muro de las castas y de las desigualdades sociales, a la defensa de la vida naciente y de la infancia, en nombre de Dios que se hizo niño. Baste un solo ejemplo: el de la Madre Teresa de Calcuta.

Todos saben que la misión de esta mujer ha sido la de ayudar a los pobres de la India, los marginados, los débiles, los últimos. Entre ellos la Madre Teresa nunca olvidó citar a los niños en el seno materno, definidos por ella como «los más pobres entre los pobres». En el libro «Dénmelos a mí. La Madre Teresa y el compromiso por la vida», Pier Giorgio Levirani expone el pensamiento de la santa, expresado en mil circunstancias, con una gran fuerza, como en esta frase: «El aborto es lo que destruye la paz hoy. Porque si una madre puede matar a su propio hijo, ¿qué cosa me impide a mí matarlos a ustedes o que ustedes me maten a mí? Nada. Es lo que yo pregunto en India, lo que interrogo en todas partes: ¿qué hemos hecho por los niños? Nosotros combatimos el aborto con la adopción. Así salvamos miles de vidas. Hemos difundido la voz en todas las clínicas, en los hospitales, en las estaciones de policía: les rogamos no matar a los niños, nosotros nos haremos cargo de ellos».

La lucha a favor de los niños contra el aborto y el infanticidio fue conducida por la Madre Teresa y por sus religiosas, a veces hasta el mar-

tirio, con gran fuerza, enfrentándose con una cultura ignorante de la sacralidad de la vida desde su origen. Para los hinduistas por ejemplo, los niños abandonados o rechazados por los padres, si sobreviven, son y quedan como parias, los infracasta, que pagan culpas anteriores. Las mujeres, en general, y más las niñas, son costosas, debido a la dote, y son consideradas inferiores al varón, «hasta el punto, no poco común, de envenenarlas al pecho, untándolo de veneno, mientras toman la leche materna».

Así sucede que a veces haya un número de nacimientos muy alto, por la búsqueda del varón a toda costa y por el consecuente número alto de infanticidios femeninos: se aborta selectivamente, hasta que no se tiene el hijo deseado, de sexo masculino. La Madre Teresa y las religiosas fundaron numerosas casas de la caridad, escuelas y orfanatos, ganándose un gran aprecio, pero también oposición del primer ministro Morarji Desai, que en 1979 la acusó de ayudar a niños con las escuelas y los orfanatos únicamente con el fin de bautizarlos y convertirlos. La Madre Teresa le respondió: «Me parece que usted no se da cuenta del mal que el aborto está provocando a su pueblo. La inmoralidad está en aumento, se están disgregando muchas familias, están en alarmante aumento los casos de locura en las madres que han asesinado a sus propios hijos inocentes. Señor Desai: quizá, dentro de poco usted se encontrará cara a cara con Dios. No sé qué explicación podrá darle por haber destruido las vidas de tantos niños no nacidos, pero –sin duda– inocentes, cuando se encuentre frente al tribunal de Dios, que lo juzgará por el bien hecho y por el mal provocado desde lo alto de su cargo de gobierno». El grito de los niños no nacidos, de los infantes asesinados, decía la Madre Teresa, repitiendo de otra manera los conceptos expresados siglo tras siglo desde Minucio Felice, Tertuliano y tantos otros, «hiere los oídos de Dios».

Espíritu de cruzada

Movilización y cruzada. Estas eran las consignas de Pío XII en los años cincuenta. Domingo Sanmartí Font, uno de los «antiguos» de Schola Cordis Iesu, glosa en este artículo del 1 de octubre de 1949 el sentido de estas consignas, y lo hace recordando el espíritu de los cruzados i, sobre todo, aquellas palabras que san Ignacio pone en boca del «rey temporal», pero que se aplican a Cristo: «Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por lo tanto quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y

así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar como yo en el día, y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos». Las consignas son para todos los tiempos; también para hoy.

En una nota a pie de página Sanmartí hace constar humildemente que el artículo es un resumen de dos conferencias que el padre Orlandis pronunció en Schola Cordis Iesu el 29 de noviembre y el 13 de diciembre de 1948.

En el transcurso de los últimos años aparece en las alocuciones, escritos y en casi todos los documentos que emanan del papa Pío XII, una idea y unas palabras que si bien no son absolutamente nuevas, sí lo son en cuanto a la insistencia y a la intensidad con que el Pontífice reinante las emplea. Son estas ideas las de MOVILIZACIÓN y CRUZADA.

Parece como si el Supremo Pastor de la Iglesia, a la vista del terrible asalto que los enemigos de Dios llevan contra ella, llamara a todos sus súbditos, decretara la movilización general e hiciera un supremo esfuerzo para infundirles el espíritu de cruzados para la gran defensa de los derechos de Dios y de su Santa Iglesia.

Se nos ofrece, pues, una cuestión importante. ¿Cuál es el espíritu de cruzada, este espíritu que el Papa querría ver arder en el corazón de todos los cristianos? Puesto que no sería ésta la primera cruzada preguntemos a la Historia, la cual nos lo dirá con la claridad y el valor del ejemplo.

No voy a citar a Pedro el Ermitaño ni a san Bernardo, cuando en el siglo XII movilizaron a todo el mundo cristiano, cuando reyes y señores y aldeanos, en un impulso de extraordinario entusiasmo, se lanzaban a pedir la cruz que los hacía cruzados y los obligaba a tomar parte en la guerra para la conquista de los Santos Lugares.

Voy a fijarme en un hecho posterior, y que presenta para nosotros un interés especial, puesto que dos de los principales protagonistas eran españoles.

* * *

El día 8 de abril de 1455 subía al trono pontificio, con el nombre de Calixto III, el cardenal Alfonso de

Borja, español, nacido en Játiva y arzobispo de Valencia. Su coronación tenía lugar en circunstancias bien trágicas para la Cristiandad. Hacía casi exactamente dos años que Mohamed, el sultán de los turcos, tomara por asalto Constantinopla, la capital del Imperio de Oriente, consumando su ruina definitiva. Después de este hecho prosiguió sus preparativos y armamentos para lanzarse a la conquista de Hungría y de Alemania, y después de ello aplastar a los demás reyes cristianos de Europa, entre los que empezaba a infiltrarse la idea de la invencibilidad de los turcos.

Calixto III, anciano de 78 años y de salud delicada, se hizo perfecto cargo del peligro, y se obligó a posponer todos los demás asuntos y emplear su férrea energía para predicar la cruzada y salvar a Europa. Por su sangre española conocía mejor que nadie los peligros que para el mundo representaban los musulmanes. Es interesante leer la dramática narración que hace Pastor (pese a la escasa simpatía que de ordinario siente por España) de los esfuerzos que el anciano Papa realizó para llevar adelante la cruzada. Pero los tiempos en que la palabra del Papa galvanizaba al mundo habían pasado ya y los reyes y las Cortes de Europa oyeron con indiferencia a sus legados, entre los cuales se hallaba el cardenal español Carvajal. El mismo rey de Hungría, Ladislao, el más amenazado, huyó de Buda a Viena, lo que hizo que la mayor parte de la nobleza húngara siguiera su ejemplo.

Tan sólo tres hombres, tres Juanes, continuaron en sus puestos y secundaron con todo entusiasmo y sin desfallecer los planes de Calixto III. El cardenal Juan de Carvajal («uno de los más grandes varones y

nobles caracteres de su época», dice Pastor, el cual añade en otro lugar que sólo admitía comparación, en todo el Sacro Colegio Cardenalicio, con los cardenales Cesarini y Capránica), Juan Hunyadi y Juan de Capistrano.

Carvajal desde Buda alistaba cruzados, Hunyadi armó a su costa siete mil hombres y tomó el mando del ejército, y san Juan de Capistrano recorría pueblos y ciudades predicando la cruzada y atrayendo nuevos voluntarios.

Dice Pastor: «La mayor parte de estos cruzados constaba de pobres artesanos y labradores... animados de una firme voluntad de pelear por la fe y de morir en la demanda para ganar el cielo.»

El resultado fue la victoria que el 14 de julio de 1456 obtuvieron sobre los turcos que sitiaban Belgrado. Mohamed, el sultán, tuvo que huir herido, abandonando todo su campamento y levantando el sitio de la ciudad, una de las llaves que le cerraban el paso hacia las llanuras de Hungría, y aplazándose así la ocupación de este país por unos años, y dando tiempo a Europa para prepararse, si quería.

Este es el espíritu de cruzada. La guerra con espíritu de fe y reparación; la guerra sobrenaturalizada. La cruzada no es tan sólo una guerra honesta y justa, es la guerra sobrenaturalizada y que Dios bendice.

* * *

Unos sesenta años después, el joven capitán Iñigo López de Loyola, el futuro san Ignacio, se hallaba en Pamplona, al servicio del duque de Nájera, virrey de Navarra, puesto de especial compromiso y confianza en el momento en que se ponían tensas las relaciones entre Carlos de España y Francisco de Francia.

En 1518, ante el peligro turco, cada vez más amenazador, el papa León X mandó que de nuevo se predicara la cruzada. El legado para España fue el cardenal Egidio Canisio y el mismo Pastor reconoce que Carlos V aceptó de buena fe la tregua de cinco años impuesta por el Papa entre España y Francia, se entusiasmó con la idea de la cruzada y dice además que el legado pontificio para España la predicaba con «inmenso concurso de gente». Por un momento pareció posible levantar al Occidente para detener el peligro amenazador de los turcos y acabar definitivamente con él.

Pero el resultado final fue más pobre aún que en tiempos de Calixto III. Nadie se movió: Venecia, temerosa por sus posesiones y por su comercio, pactó con el sultán y le refería los progresos de la cruzada y su fracaso final; Alemania había empezado ya a recorrer el camino que debía separarla de Roma; Francisco I de Francia volvió a emprender la guerra contra Carlos V, uno de cuyos episodios fue la invasión de Navarra y el sitio de Pamplona, en cuya defensa cayó herido Iñigo de Loyola. Todos los planes se deshicieron y el resultado final fue que el sultán, des-

pués de la desastrosa batalla de Mohaczs, conquistó Hungría en su casi totalidad.

Iñigo, desde Pamplona, donde disfrutaba de la intimidad del virrey, debió conocer muchas de estas cosas: la predicación de la cruzada, la indiferencia con que era acogida en muchas cortes y la guerra franco-española que definitivamente la hizo fracasar y en la cual él mismo tomó parte. Su alma grande y ardiente, deseosa de grandes hazañas, debió vibrar con inusitado entusiasmo al oír la predicación y seguramente forjó planes para tomar parte en ella. Y cuando en su casa, herido e inútil para la guerra, meditaba profundamente leyendo la Vida de Cristo y las vidas de los santos, recordó también más de una vez estos hechos.

Y no es aventurado suponer y pensar que el resultado de sus meditaciones se tradujo en el libro de los Ejercicios...

Después de la confesión general en Montserrat, va a la cueva de Manresa y se dice y repite estas palabras: «¿Qué he hecho yo por Cristo?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo hacer?» Ha tenido la visión del infierno con sus condenados antes y después de Jesucristo. Así impresionado, entra en las meditaciones de la segunda semana y la empieza con la consideración del Reino de Cristo. Cristo había sido anunciado por los profetas como Rey, y san Ignacio entiende profundamente el Evangelio del Reino de Dios, la actualidad y virtualidad de esta idea.

San Ignacio va a proponer la parábola. Según un documento de su confidente el padre Jerónimo Nadal, se desprende que éste fue el momento en que Dios le hizo entrever del modo más claro su vocación. Oigamos al santo:

«El primer punto es poner delante de mí un rey humano elegido de mano de Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedescen todos los príncipes y todos hombres christianos.»

«El segundo, mirar cómo este rey habla a todos los suyos diciendo: Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por lo tanto quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar como yo en el día, y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.»

«El tercero, qué deben responder los buenos súbditos a un rey tan liberal y tan humano; y, por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, quanto seria digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero.»

«La segunda parte deste Exercicio consiste en aplicar el sobredicho exemplo del rey temporal a Christo nuestro Señor, conforme a los tres puntos dichos», etc.

San Ignacio presenta el ideal. El mundo se convirtió a Cristo por su persona, no por su doctrina,

porque la gente sigue y se deja matar por una persona, no por una doctrina. Por esto para salvar al mundo fue preciso un Dios hecho hombre, al cual siguió el mundo pasando por el mar Rojo del martirio.

San Ignacio presenta a esta persona. El rey temporal ayuda a comprender la vida del Rey Eterno, viviente que quiere transmitir esta vida a los hombres, que la predica, enseña y ayuda a practicarla.

Es un rey «escogido por Dios», es decir, viene a cumplir una misión, por tanto tiene un fin sobrenatural, santo y divino.

Este rey es tan humano y tan divino que consigue lo que era imposible: reunir a los príncipes cristianos. Recordemos la experiencia de san Ignacio.

* * *

También hoy el papa Pío XII, el Vicario de Cristo, nos predica la movilización y el espíritu de cruzada. No en los términos en que lo hacían Calixto III y León X, pero sí en los adecuados a nuestros días. Y su predicación no es una fórmula, como a veces parece suponerse, sino que responde a una necesidad hondamente sentida.

También hoy, como en tiempos de san Ignacio, tenemos un Capitán y Rey que se ofrece a ir delante, a trabajar y sufrir como nosotros, que antes que nosotros y más que nosotros lo ha hecho, para hacernos, después de la victoria, partícipes de su triunfo.

Cuanto más domina la democracia más necesaria es la idea de la realeza de Cristo, puesto que la autoridad que se elige no es suficiente autoridad y Cristo no tiene una autoridad limitada ni condicionada por el pueblo; es Rey absoluto. El liberalismo ha hecho de Cristo un Rey constitucional: reina y no gobierna. Pero Jesucristo es Rey porque es Dios, porque ha conquistado el mundo con su sangre y porque reinar es llevar al pueblo a su fin, es decir, manejar el timón y guiar la nave.

Y no se crea que el enemigo es tan sólo el comunismo. Éste ciertamente lo es, pero hay otro más oculto y más sutil, que ha sido el que le ha dado vida y sin el cual poca cosa podría. El mismo Pontífice, en su exhortación apostólica «Expiación del crimen del ateísmo» nos habla de él.

«Nos causa horror, venerables hermanos, tener que referir este delito, pero por el deber de nuestro cargo apostólico nos es imposible callar. Este descuido y menosprecio, que fue el primer delito del hombre al rebelarse contra el divino mandato, es la fuente más turbia de todos los males, y en los tiempos actuales se introduce y se ensaña como enfermedad virulenta por casi todas las partes de la tierra, pero sobre todo en algunas regiones, a causa de la conjuración levantada contra el Señor y contra la Iglesia. Priva al hombre de Dios y le roba así su dignidad espiritual, le hace juguete innoble del ma-

terialismo y destruye totalmente todo lo que sea virtud, amor, esperanza y hermosura de la vida interior. Nos referimos al ateísmo. Más aún: al odio contra Dios.

«Con la suma impudicia que los caracteriza, los que odian a Dios echan mano de todo género de armas y recursos, de libros, folletos, publicaciones, periódicos, emisiones radiofónicas, mítines, reuniones públicas y conversaciones privadas, ciencia y arte; de todo se sirven para infundir el desprecio de las cosas sagradas.»

Podríamos citar también a Pío XI en su encíclica *Ubi arcano Dei*, cuando habla del laicismo y del naturalismo.

La acusación es terminante: «por casi todas las partes de la tierra»; no tan sólo en Rusia y entre los sin Dios. La consecuencia también lo es.

«Del amor de Dios procede el bien de la humanidad, mientras que su enemistad provoca nuevas calamidades. ¿Quién no teme y detesta las nuevas luchas, las discordias civiles, que en lo futuro, con las nuevas armas, serán enormemente destructoras? Para evitar estos males aplaudimos y alabamos las iniciativas encaminadas a que las naciones se mantengan siempre unidas con los más estrechos lazos. Pero todo ello, que ya de sí es bastante inseguro, estará apoyado en la movediza arena si no reina en todo el mundo un sentimiento de fraternidad universal que consolide los estados y garantice los pactos, haciendo firme y sagrada la fidelidad a los compromisos mutuos. Pero por experiencia nos consta con toda certeza que, en la práctica, los hombres no se sienten hermanos entre sí, si ellos mismos no se sienten hijos todos de un mismo Padre.»

¡Movilización! ¡Espíritu de cruzada!

Es decir, *espíritu de obediencia* ciega a la autoridad legítima, *espíritu de sacrificio*, *espíritu sobrenatural*.

Espíritu sobrenatural frente a la oleada de naturalismo que invade al mundo, de fe frente al escepticismo, de esperanza frente a la desesperación, de amor frente al mar de odios que amenaza anegarnos.

Y en esta hora crucial no se permiten las actitudes intermedias ni el cruzarse de brazos. «Quien no está conmigo está contra mí.» Cuando un individuo se está ahogando, igual labor positiva, para perderle, hace el que le hunde más aún, como el que se cruza de brazos o le vuelve la espalda.

El Papa ordena la movilización. Es preciso empaparse de la idea, hacerla vivir, que informe nuestra vida y tener presente en el espíritu que la victoria final es nuestra y las palabras del Sagrado Corazón a la gran vidente de Paray-le-Monial: «Reinaré a pesar de mis enemigos» y «Sobre las ruinas del imperio de Satanás quiero levantar el imperio de mi amor».



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

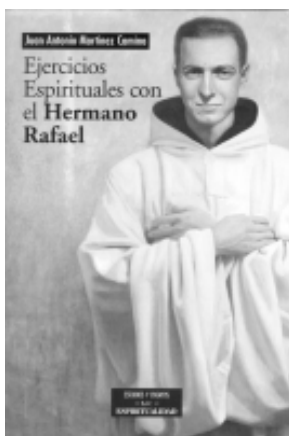
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

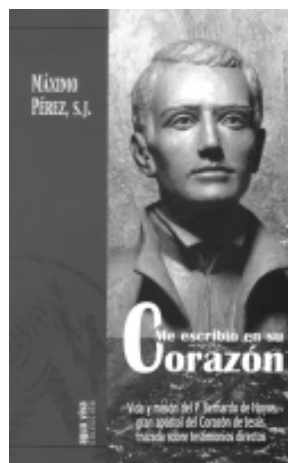
Este mes recomendamos:



Ejercicios Espirituales con el Hermano Rafael

Autor: Juan Antonio Martínez Camino
Editorial: BAC
195 páginas
Precio: 13,00 €
San Rafael Arnáiz (1911-1938) es uno de los más notables místicos del siglo xx. Su parentesco espiritual con san Ignacio de Loyola queda de manifiesto en este libro. Su camino espiritual es una realización viva de esa entrega incondicional de la propia vida a Dios en Jesucristo, para su Iglesia y para el mundo, a la

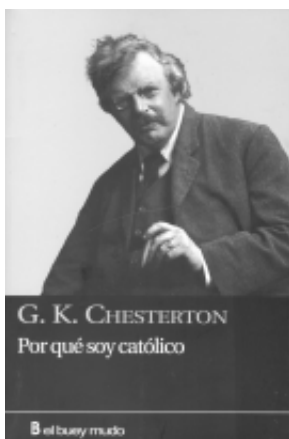
que conducen los Ejercicios Espirituales. En días de increencia, sólido alimento de fe y esperanza para todos: jóvenes y mayores, sacerdotes, consagrados y laicos.



Me escribió en su Corazón

Autor: Máximo Pérez
Editorial: Monte Carmelo
75 páginas
Precio: 6,00 €
He aquí una clara aunque apretada síntesis de la vida y misión de nuestro nuevo beato, el padre Bernardo Francisco de Hoyos. Gran apóstol, como santa Margarita M^a de Alacoque, del amor y devoción al Corazón de Jesús. El título lo presta el mismo Bernardo, ya que al firmar su consagración al Corazón de Cristo conoció «que Jesús recibía mi nombre en su Corazón». No fue otro el porqué del ser y el

hacer de Bernardo, marcados ambos por la predilección de Jesucristo



Por qué soy católico

Autor: G.K. Chesterton
Editorial: Ciudadela
718 páginas
Precio: 28,00 €
Chesterton hubo de responder muchas veces por los motivos de su conversión. Por primera vez se publican en español todos los ensayos religiosos que Chesterton escribió después de su conversión en 1922. Esta obra se convierte así en una referencia para conocer el pensamiento del Chesterton apologeta de la fe. Unas páginas que ponen de manifiesto su extraordinaria capacidad para discurrir sobre las cuestiones más elevadas con una genialidad y sencillez incomparables.

capacidad para discurrir sobre las cuestiones más elevadas con una genialidad y sencillez incomparables.



El fuego secreto de la Madre Teresa

Autor: Joseph Langford
Editorial: Planeta
360 páginas
Precio: 20,00 €
El 10 de septiembre de 1946, en un tren camino a Darjeeling para un retiro, la Madre Teresa tuvo una sobrecogedora experiencia de comunicación con Dios. No es simplemente que recibiera la orden de dedicarse a los más pobres. Lo que la Madre Teresa llevaba en lo más hondo de su ser ha sido un misterio hasta ahora. Pero no era su deseo que permaneciera oculta para siempre y se lo contó a Joseph Langford para que él lo compartiera con el mundo.

maneciera oculta para siempre y se lo contó a Joseph Langford para que él lo compartiera con el mundo.

CONTRAPORTADA

El camino de los anglicanos hacia Roma

Hace un siglo el escritor inglés Hilaire Belloc publicaba un volumen con el título «The path to Rome», «El camino a Roma». Se trataba de la narración de la peregrinación a pie efectuada por el propio autor desde Toul, en Francia, hasta la Ciudad Santa. Este viaje era sin embargo también una transparente metáfora del camino hacia el centro de la Iglesia, hacia Roma, que toda Europa está llamada a hacer si no quiere perder definitivamente su alma y su propia identidad. Belloc era un católico inglés, hijo de una ilustre convertida que pertenecía al movimiento de renacimiento católico en Inglaterra, que había tenido sus protagonistas en el cardenal Manning y sobre todo en el cardenal John Henry Newman, próximo beato.

El camino hacia Roma indicado hace cien años por Belloc, que fue protagonista de la cultura británica y partícipe de la conversión al catolicismo de un personaje como Gilbert Keith Chesterton, es el que han decidido recorrer ahora también otros anglicanos, los fieles de la Traditional Anglican Communion, que ya desde hacía tiempo habían pedido al Vaticano entrar en plena comunión con la Iglesia católica.

[...]

Es necesario... subrayar que estos fieles anglicanos, tachados de tradicionalistas por la gran prensa, o también como una especie de «lefebvrinos anglicanos», son en realidad cristianos que miran al catolicismo como la Iglesia en la que pretenden no sólo entrar individualmente, sino hacer volver a entrar la propia historia y la propia tradición, reconciliándola con la de Roma. De hecho el documento conjunto de ambos primados afirma: «La constitución apostólica es un ulterior reconocimiento de la coincidencia sustancial en la fe, en la doctrina y en la espiritualidad de la Iglesia católica y de la tradición anglicana».

El problema es que en los últimos años la Iglesia anglicana ha experimentado una tal deriva relativista que se ha alejado no sólo de la Iglesia católica, sino de su propia tradición, ésa que ahora estos fieles quieren reconducir a la plena comunión con los católicos.

[...]

A su vez la Iglesia católica en Inglaterra y en todos los países de cultura anglosajona, desde Canadá hasta Australia o Estados Unidos, donde el anglicanismo se define «episcopalismo», sacará ciertamente riqueza de la nueva linfa traída por estas comunidades donde la pertenencia a Cristo ha sido objeto de una intensa y apasionada reflexión. Estos fieles anglicanos deseosos de la unión con la Iglesia católica encontrarán la oportunidad de traer la experiencia de esas tradiciones anglicanas que son preciosas para ellos y conformes con la fe católica. En cuanto que expresan de un modo distinto la fe profesada comunmente, estas tradiciones son un don que compartir en la Iglesia universal. La unión con la Iglesia no requiere uniformidad que ignora las diversidades culturales, como lo demuestra la historia del cristianismo, y la Iglesia católica traerá de esto seguramente beneficio.

PAOLO GULISANO, en Zenit (3 de noviembre de 2009)